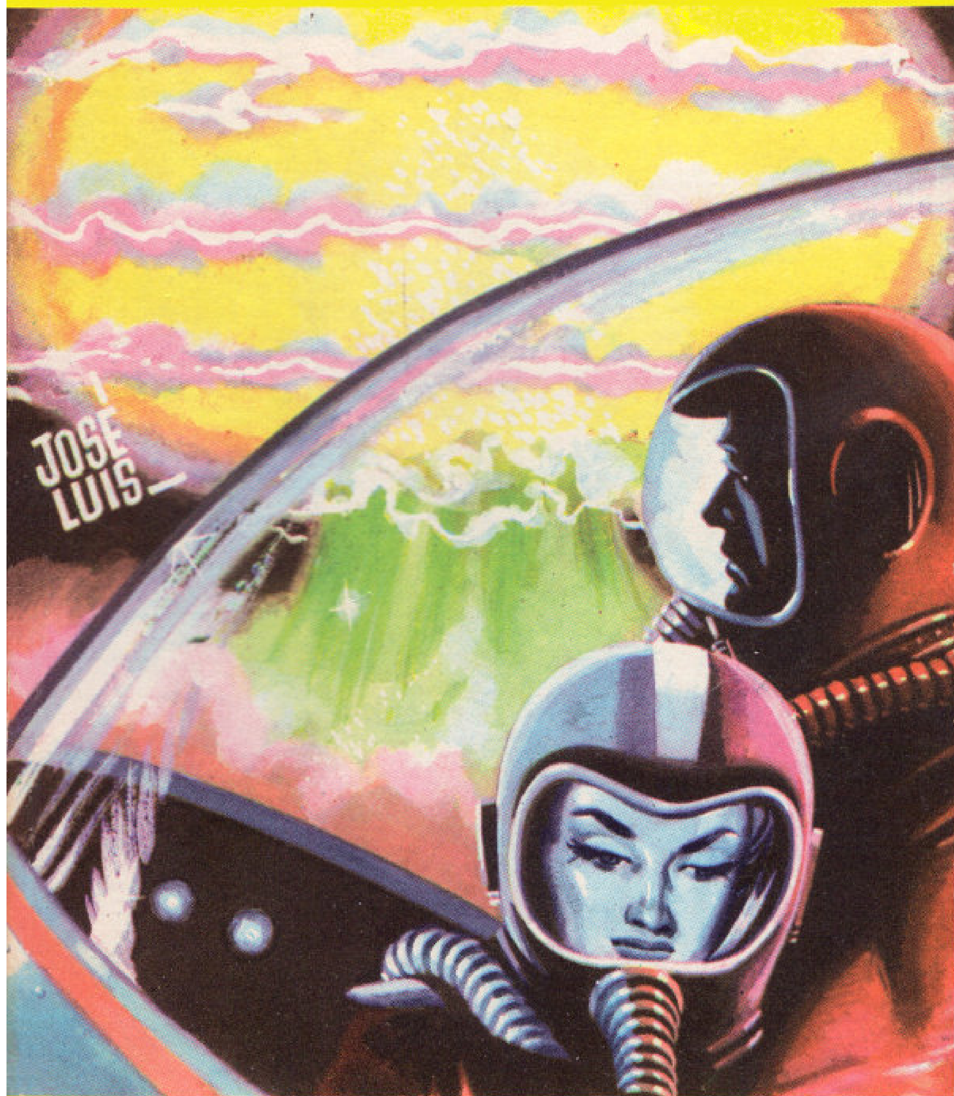
LUCHADORES DEL ESPACIO

LA GUERRA VERDE



POR **GEORGE H. WHITE**

Después de tres años de ausencia, el autoplaneta *Valera* regresa de las profundidades del espacio para declarar la guerra al Imperio de Nahum. Estos tres años los ha empleado *Valera* reparando averías y potenciando su poder ofensivo. *Valera* regresa con aires de revancha.

Esta vez las cosas ocurrirán de muy distinta manera a la vez anterior. Ahora el coloso del espacio impondrá y planteará la lucha con un nuevo estilo. La guerra se llamará esta vez ¡la guerra verde!

El cruel Imperio de Nahum temblará frente al portentoso autoplaneta de los cristianos, ahora de nuevo en poder de los terrícolas y bajo el mando del último Aznar.

George H. White prosigue las apasionantes aventuras de la familia Aznar describiendo en esta obra los horrores de una guerra científica… una guerra total de aniquilamiento contra el aborrecible Imperio de Nahum.



George H. White

La guerra verde

La saga de los Aznar - 18

ePub r1.1

Titivillus 24.07.17

Título original: *La guerra verde*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA GUERRA VERDE

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

REGRESO A NAHUM

AQUELLA mañana, como todas, la sirena del campo de prisioneros próximo a Kindal saludó, con un largo y taladrante aullido la aparición de las primeras luces del alba. En las míseras chozas, una humanidad sucia, doliente y somnolienta rebulló entre suspiros y bostezos. Los capataces samobahos se precipitaron en las barracas para activar, látigo en mano, el desperezo de los cautivos y los sacaron a golpes bajo la fría y difusa claridad lechosa del alba. Como todos los días, los 10.000 esclavos de origen terrestre de aquel campo fueron agrupados en cuadrillas que inmediatamente emprendieron el camino de Kindal, la próxima y suntuosa capital imperial donde serían empleados en la limpieza de sus calles subterráneas y el adorno y arreglo de los fastuosos jardines de

superficie.

Los conductores del rebaño humano, los gigantescos negros samobahos designados por su fuerza y brutalidad para mantener en cintura a la levantisca grey terrícola, no volvían en sí de su asombro al comprobar el perfecto orden y silencio en que aquella mañana marchaba la columna de esclavos. Cada día, por espacio de muchos meses, los escoltas samobahos habían tenido que emplear a fondo sus fuerzas y sus látigos para mantener el orden en la columna de cautivos. Algunas veces empleaban también sus temibles sables, decapitando a algún que otro loco que intentaba escapar. Hoy, sin embargo, toda la columna marchaba envuelta en un extraño y fúnebre silencio, sólo alterado por el restregar de millares de pies sobre las losas del camino y el restallar del látigo de algún samobaho malhumorado.

Los terrícolas avanzaban hacia Kindal con los ojos pensativamente clavados en el suelo. Algunos levantaban la mirada hacia el cielo, suspiraban y humillaban sus cabezas murmurando ininteligibles palabras. La razón del silencio y el buen orden de la columna quedó aclarada cuando uno de los guardianes más viejos del campo de prisioneros comentó:

—Sólo una vez desde que estoy en Kindal he visto a los terrestres tan callados y tristes como hoy. Fue cuando celebraron el segundo aniversario de su cautividad.

—Cierto —aseveró otro de los escoltas que marchaba empuñando en una mano su largo látigo y en la otra su pesado sable—. Recién acababa de llegar yo a Kindal cuando los esclavos terrícolas se pasaron todo un día gimiendo y llorando como mujeres, dóciles y sumisos, sin hacer el menor intento por escapar. Pero de entonces acá no ha transcurrido un año.

—Los años que cuentan los terrestres son más cortos que los de Noreh —recordó el capataz samobaho—. Según la medida de su tiempo deben de haber transcurrido en su planeta tres años desde que fueron apresados por los nahumitas.

Los gigantescos negros samobahos que escoltaban a la columna de terrícolas miraron a éstos entre curiosos y compasivos. También los samobahos eran esclavos de los nahumitas, aunque gozaban de mayores privilegios que los levantiscos terrícolas. Éstos, que odiaban a los samobahos casi tanto como a los nahumitas, ni

siquiera advirtieron la mirada de compasión de su escolta. Aquella mañana cada terrícola vivía para su recuerdo. Miraba hacia adentro de su corazón y sentíase abandonado de Dios. Sí. Hoy era el tercer aniversario de su cautividad. Aunque en este planeta nahumita la cuenta del tiempo fuera distinta, en los relojes terrícolas habían transcurrido tres años desde que el autoplaneta *Valera* llegara a la galaxia nahumita.

¡Tres años! En aquella misma hora, cincuenta millones de terrícolas cautivos, repartidos entre los planetas nahumitas, volvían sus recuerdos hacia aquel día aciago en que el autoplaneta *Valera*, tras 54 años de navegación cósmica, se detuvo a la vista de Nahum. Con su detención, *Valera* selló en aquel instante su propia ruina y la de los 80 millones de terrícolas que lo tripulaban.

Los nahumitas lanzaron desde uno de sus planetas exteriores un misterioso Rayo Azul que paralizó los generadores del sistema eléctrico del autoplaneta. El efecto del Rayo Azul no pudo ser más demoledor. *Valera* quedó imposibilitado de efectuar ningún movimiento. El sol artificial que calentaba e iluminaba sus entrañas se apagó. Dejaron de funcionar los servicios que utilizaban la energía eléctrica; tales como la radio, la televisión, los ascensores, los automóviles y demás sistemas de transporte.

Pero esto no fue lo peor. La suerte de los 80 millones de terrícolas que tripulaban el autoplaneta hubiera sido muy otra de haber podido éste hacer funcionar sus defensas y poner a su formidable Armada Sideral en el espacio. Mas la Armada no pudo actuar, ni las formidables defensas del autoplaneta fueron capaces de lanzar un sólo torpedo cuando llegó sobre él la Imperial Flota de Nahum.

Los nahumitas pusieron su planta sobre la superficie exterior de *Valera* sin que el desesperado Estado Mayor Expedicionario terrícola pudiera hacer nada para evitarlo.

Cuando los nahumitas retiraron su Rayo Azul de *Valera*, al restablecer la corriente eléctrica y poderse ver unos a otros, los valeranos escucharon llenos de estupor un mensaje del «superalmirante» Aznar, comandante en jefe del autoplaneta, en el cual daba cuenta de haber rendido la fortaleza a los nahumitas. El invasor estaba ya en la Sala de Control y era dueño de todo el planetillo.

A partir de este instante las cosas empezaron a sucederse con dramática rapidez. El «superalmirante» Aznar y su hijo se suicidaban para impedir que el invasor les arrebatase información alguna sobre la situación del planeta Tierra. Otros miembros de la familia Aznar, se dieron a la fuga en un desesperado intento de escapar a los nahumitas y proceder a la voladura y destrucción de *Valera* cuando los tripulantes de éste hubieran sido evacuados.

Pero los Aznares y el núcleo del Estado Mayor General fueron detenidos por los soldados de sus mismas tropas y linchados por éstos de forma atroz. De aquellos que hasta entonces habían sido los ídolos de la nación terrícola sólo quedó el más joven de sus descendientes: Miguel Ángel Aznar, cadete de la Academia Astronáutica de San Carlos.

Este joven intrépido consiguió huir a las montañas y permanecer oculto durante algunos días. Mientras tanto, los nahumitas, controlando todo el autoplaneta desde la Cámara de control, se apoderaban de la Armada Sideral terrícola, desarmaban al Ejército y se manifestaban como absolutos dueños del autoplaneta.

El «superalmirante» Aznar había rendido a *Valera* confiado de los sentimientos humanitarios de una nación que era portadora de una cultura idéntica a la terrestre. Sin embargo, los nahumitas procedieron de muy distinta manera a lo que ellos se esperaban. Procedieron, ciertamente, a evacuar el autoplaneta. Pero en vez de llevarse a los 80 millones de valeranos, sólo evacuaron a aquellos que por su edad y robustez podían servirles de esclavos. Los niños por demasiado jóvenes, los viejos por demasiado ancianos, los enfermos y todos los que padecían de alguna tara física eran más bien un estorbo para los nahumitas, quienes se deshicieron de ellos precipitándolos en masa en los gigantescos hornos de fundición de las instalaciones fabriles de *Valera*.

Este acto de salvajismo encendió la cólera del joven Aznar refugiado en las montañas. Decidido a reconquistar el autoplaneta o hacerlo volar en pedazos, Miguel Ángel lanzó un hábil y audaz golpe de mano contra la Sala de Control de *Valera*, consiguiendo apoderarse de ella. Pero la suerte no favoreció al último descendiente de la familia Aznar, y Miguel Ángel tuvo que huir en un crucero sideral que sus antepasados tenían en una esclusa secreta, contigua a la cámara de Control.

Hasta aquí era cuanto sabían de cierto los 50 millones de terrícolas supervivientes que vivían en los planetas nahumitas una existencia ahíta de sufrimientos, crueldades y angustias. El resto de la historia tenía más bien el carácter de una leyenda.

Circulaba entre los terrícolas el rumor de que, con aquel puñado de buques liberados y los cautivos que se encontraban a bordo de ellos, Miguel Ángel Aznar atacó el planeta desde el cual habían lanzado los nahumitas su Rayo Azul.

Dueño del Rayo Azul nahumita, Miguel Ángel lo asestó sobre su propio autoplaneta arrebatándole la energía eléctrica e impidiéndole todo movimiento, igual que semanas antes hicieron los nahumitas para apoderarse de él. Al frente de su reducida escuadra sideral, Miguel Ángel Aznar atacó audazmente a *Valera* consiguiendo recuperarlo.

Que Miguel Ángel Aznar había reconquistado al orbimotor era un hecho del que no podía dudarse. De ésta o de otra manera, el joven caudillo entró en *Valera*, y huyó con el planetillo adentrándose en las misteriosas profundidades del espacio. Todavía hoy, al cabo de tres años, los nahumitas sentíanse desolados por la pérdida de aquella poderosa máquina interplanetaria que estuvo breves días en su poder.

Después de la fuga de Miguel Ángel y del autoplaneta, el Gran Tass, Emperador de los Cielos y los Planetas, descargó su cólera sobre buena parte de los almirantes de su Imperial Flota sideral haciéndoles pagar con la vida las imprudencias que motivaron la pérdida del orbimotor. De este simple hecho ya podía deducirse que la leyenda de Miguel Ángel Aznar era cierta, al menos en lo que se refería a la afortunada reconquista del autoplaneta.

Pero para los millones de terrestres que seguían en poder de los nahumitas, la fuga de *Valera* sólo podía proporcionarles un pequeño consuelo. *Valera*, sin duda alguna, había emprendido el viaje de regreso al planeta Tierra. Algún día, quizás, *Valera* regresaría a Nahum y reduciría a polvo cósmico estos planetas o los invadiría con sus tropas. En sus mortales horas de angustia, la persuasión de que *Valera* regresaría más pronto o más tarde, ponía un sabor dulciamargo en las bocas de aquellos desdichados.

Ninguno de ellos viviría lo bastante para ver con sus propios ojos el regreso del autoplaneta. Ni siquiera los hijos de sus hijos

asistirían al grandioso espectáculo de la venganza de *Valera* sobre el Imperio de Nahum. *Valera* había invertido en su viaje desde la Tierra, algo más de cincuenta años luz. Para regresar a Nahum, *Valera* necesitaría al menos doble número de años. Pero los cien años vividos por los tripulantes de *Valera* durante el viaje representaban dos mil trescientos años en la medida del tiempo de la Tierra. Mientras los tripulantes de *Valera* vivían 100 años en el espacio, en Nahum las generaciones se habrían sucedido naciendo y muriendo varias de ellas.

Ninguno de los terrícolas, que en la actualidad vivían sobre los planetas nahumitas presenciaría el regreso de su fantástico orbimotor. Los 50 millones de cautivos terrícolas estaban irremisiblemente perdidos. Ellos lo sabían. Y por esta causa, en el tercer aniversario de su cautividad, la desesperación más intensa les torturaba arrebatándoles toda esperanza. De nada serviría escapar del campo de prisioneros. En cualquier punto de aquel planeta extraño serían cautivos. Su cárcel era todo el planeta… todos los planetas de Nahum.

Como todos los días, los esclavos terrícolas llegaron muy temprano a la ciudad de Kindal y se dedicaron a sus cotidianas operaciones de limpieza y reparación. Abrumados por la intensidad de sus recuerdos, sus movimientos eran torpes y lentos este día. Los látigos de los escoltas samobahos se empleaban a fondo en las espaldas de los esclavos terrícolas. Éstos, insensibles al dolor, continuaron indiferentes en su lenta tarea sin apresurarse ni hacer el menor gesto de rebeldía… Pero al filo del mediodía…

En un extremo de la Ciudad-Jardín, un grupo de esclavos terrestres trabajaba bajo la somnolienta mirada de los negros samobahos que les daban escolta. Un joven terrícola, cargado de herramientas y escoltado por otro samobaho, llegó corriendo sin hacer caso de los gritos y amenazas del gigantesco negro que corría tras él esgrimiendo su látigo.

—¡Escuchad, compañeros! —gritó el joven, jadeando por la carrera—. ¡Noticia bomba! ¡El autoplaneta *Valera* ha regresado a Nahum!

En efecto, una bomba cayendo en medio del grupo no hubiera causado efectos más demoledores. Las cabezas de los esclavos terrícolas se irguieron, desdobláronse los torsos encorvados, los

oídos se agudizaron y los ojos se clavaron en los del recién llegado.

—¡Que sí, que es verdad! —gritó éste arrojando al suelo una brazada de herramientas.

El samobaho llegó en aquel momento y dejó caer sobre las espaldas del muchacho un cruel latigazo. La mano de uno de los esclavos se adelantó deteniendo en el aire el brazo del negro.

—¡Quieto, maldito! —rugió—. ¡Deja en paz el látigo y deja que este amigo se explique!

El negro se detuvo impresionado por el tono autoritario del esclavo. Éste asió al muchacho del cuello y le zarandeó.

—¡Habla… repite eso que acabas de decir! —gritó furioso.

—¡*Valera* ha regresado… acaba de decirlo uno que venía de abajo!

—Muchacho, te habrán gastado una broma.

—A mí me dieron la noticia como cierta. El rumor procede del harén del Emperador Tass. Hacía días que los servicios de vigía y escucha de la Armada imperial tenían sus telescopios apuntados sobre *Valera*, pero la noticia no trascendió hasta hoy, y eso por una razón insoslayable. Los nahumitas ya no pueden mantener por más tiempo el secreto del regreso de *Valera*. Todo el mundo tiene que saberlo, puesto que el autoplaneta es ya visible en el cielo de Noreh sin ayuda de telescopio.

Los esclavos levantaron los ojos hacia el cielo azul surcado de rápidas nubes algodonosas.

—Pues yo no veo nada —gruñó uno.

—No se le puede ver a plena luz del día —apuntó el informador —. Tal vez a la caída de la tarde o al amanecer.

El portador de la noticia hizo una mueca y se alejó para llevar la nueva a otros grupos. En toda la ciudad la noticia del regreso de *Valera* corría de boca en boca.

Sin embargo, en las horas siguientes, el entusiasmo de los esclavos terrícolas sufrió rudos golpes al circular rumores contradictorios que pusieron en duda el regreso de *Valera*. Los negros samobahos volvieron a empuñar sus látigos arreando al rebaño humano entre gritos y golpes. El entusiasmo de los cautivos se enfrió, mas no se apagó del todo la esperanza. Toda la tarde fue un constante anhelo de que llegaran las sombras de la noche para comprobar por sus propios ojos la veracidad del rumor que acababa

de abrirles las amplias puertas de la esperanza.

Aunque aquella tarde pareciera más larga que otras, el sol se ocultó tras el horizonte a la hora que tenía por costumbre. Las sombras de la noche adelantaron a pasos de gigante por el lado opuesto. Millares y millares de pares de ojos clavados en el cielo pudieron ver entonces una nueva estrella que brillaba en el firmamento con un fulgor parecido al que los habitantes de la Tierra veían en Venus. Aquella estrella era *Valera*.

El júbilo que la aparición del nuevo astro despertó entre los terrícolas resistíase a toda descripción. Todavía los ignorantes negros samobahos resistíanse a creer que aquella estrella fuera el orbimotor de los cautivos. Pero la realidad del hermoso astro azul quedó admitida sin reservas cuando con las primeras sombras de la noche empezó a destellar de una manera extraña.

—¡Miren, compañeros! —gritó un esclavo ex-oficial de la Armada Expedicionaria Terrícola—. ¡Valera está emitiendo un mensaje proyectando el Rayo Azul!

Todos los cautivos terrícolas conocían perfectamente el alfabeto telegráfico Morse por haber pertenecido a las Fuerzas Armadas Expedicionarias de *Valera*. De tal manera que los guiños luminosos de la lejana estrella pudieron ser perfectamente interpretados. Decían así:

«Saludos, hijos de la Tierra. Este es el autoplaneta *Valera*. Venimos a rescataros y no nos marcharemos hasta haberos liberado o haber hecho pedazos los planetas nahumitas. No estáis solos. *Valera* vela por vosotros. Tened valor. Y cuando os sintáis desfallecer alzad vuestros ojos al cielo. En él veréis a *Valera* cada noche lanzándoos su mensaje luminoso. Confiad en Dios y esperad.»

El mensaje, deletreado por decenas de millares de hombres y mujeres, no era muy extenso, mas sí lo suficiente para confirmar el regreso del autoplaneta y levantar las esperanzas de cuantos llevaban tres años viviendo en miserables condiciones bajo el dominio de la cruel raza nahumita. El final del mensaje luminoso de *Valera* fue subrayado con un aullido de entusiasmo.

Poco después, el rebaño humano marchaba en columna hacia el campo de concentración. Bajo la plateada luz de Persen, el más próximo de los satélites de Noreh, la columna avanzaba entonando himnos patrióticos. Nada en el aspecto de aquellos hombres y

mujeres recordaba a la columna de esclavos que a las pálidas tintas del amanecer recorriera el mismo camino en sentido contrario. Sus pasos sonaban recios sobre las losas de la carretera. Los pechos dilatábanse orgullosos. Las cabezas se erguían y clavaban sus ojos en el cielo, donde el hermoso astro azul repetía una y otra vez, sirviéndose del alfabeto Morse, el mensaje de salutación que la más poderosa máquina del Universo transmitía a su desamparada tripulación.

Los negros samobahos, a uno y otro lado de la columna sonreían con los látigos ocultos bajo el brazo. También hasta ellos llegaba la luz de esperanza irradiada de aquella estrella recién nacida en el firmamento de Nahum.

Los prisioneros entraban en su campo cuando un veloz y hermoso rayo azul surcó el espacio en dirección a *Valera*.

CAPÍTULO II

EL SUPERALMIRANTE

MIGUEL Ángel Aznar hallábase en la cámara de derrota del autoplaneta *Valera* en el instante en que en el planeta Noreh, a 30 millones de kilómetros de distancia, un grupo de compatriotas levantaba al cielo sus ojos emocionados.

Miguel Ángel Aznar, rodeado de un grupo de sus almirantes y amigos, hallábase de pie en el centro de una plataforma transparente circular, dentro de una esfera. Las paredes de la esfera en cuyo interior se encontraba el joven caudillo no eran otra cosa que una gigantesca pantalla de televisión, donde las imágenes tomadas por enorme número de objetivos formaban un mosaico de imágenes tan bien unidas entre sí, que la vista no llegaba a descubrir las juntas.

Desde el centro de aquella plataforma el observador creía encontrarse en mitad del espacio, rodeado por todas partes del negro abismo sideral, en cuyas tenebrosas profundidades titilaban las estrellas.

En este instante, el silencio más absoluto reinaba en el interior de la cámara. Los ojos estaban clavados en aquel rápido Rayo Azul que salía al encuentro de *Valera*.

El corazón de Miguel Ángel palpitaba aceleradamente. ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Sería aquel rayo capaz de arrebatarle a *Valera* toda su energía eléctrica, tal y como ocurriera otra vez tres años atrás?

El Rayo Azul nahumita era el mismo. Sin embargo, las circunstancias eran distintas. Hoy *Valera* venía envuelto en una coraza electrónica que, al menos en teoría, debería protegerle de los

extraños efectos del Rayo Azul. Lo delicado de la cuestión estribaba en que aquella coraza, recientemente instalada, no había sido probada todavía.

—Bueno —dijo el almirante Herrera, que se encontraba de pie junto a Miguel Ángel—. Ahí llega ese maldito Rayo Azul. Esperemos que no traspase nuestra coraza.

—No la traspasará —aseguró el profesor Campión, que se hallaba también junto al joven caudillo—. Si los buques de la Imperial Flota Sideral de Nahum pueden operar bajo el Rayo Azul protegidos por esta coraza electrónica, no hay razón para que la nuestra se deje traspasar por el rayo.

—¡Miren! —gritó José Luis Balmer—. ¡Aquí llega el Rayo Azul!

En efecto, el rayo, estirándose en el espacio como una fantástica lanzada luminosa, surcó velozmente el abismo de 30 millones de kilómetros que separaban a *Valera* del planeta Noreh y cayó sobre el planetillo como un deslumbrante relámpago que llenó de una hermosa luz azul eléctrica la cámara de derrota. En ese instante, y a pesar de la confianza que mostraba el profesor Campión, autor de la coraza electrónica, los corazones de cuantos se encontraban sobre la plataforma dejaron de latir. La experiencia les hacía temer los paralizantes efectos del Rayo Azul. Hubo un largo silencio en el que incluso dejaron de oírse las agitadas respiraciones. Luego, la regocijada voz del almirante Mendizábal exclamó:

—¡Magnífico! ¡Los aparatos de televisión continúan funcionando, lo cual quiere decir que el Rayo Azul de los nahumitas se detiene al chocar con nuestra coraza electrónica!

Miguel Ángel Aznar dejó escapar un profundo suspiro. Estrechó en elocuente silencio la palmeada mano del profesor Campión, el cual era de origen oceánide. El alivio que sentía el muchacho era proporcionado a los momentos de angustia y los días de incertidumbre que acababa de vivir. *Valera,* al fin, podía enfrentarse al imperio nahumita en igualdad de condiciones, oponiendo Rayo Azul por Rayo Azul, coraza por coraza, buque sideral por buque sideral y torpedo por torpedo.

Tres largos años había necesitado *Valera* para su total recuperación. Mientras surcaba el espacio, lejos de la galaxia nahumita, como un solitario vagabundo cósmico, los dos millones quinientos mil hombres y mujeres a que había quedado reducida su

tripulación dedicábanse con frenesí a reparar las compuertas destrozadas durante el ataque de Miguel Ángel.

Valera era un planetillo de dimensiones parecidas a las de la Luna. Aunque estaba hueco y sus paredes sólo tenían un espesor medio de 100 kilómetros, su masa era equivalente a la del planeta Tierra. Esto era debido a que la materia de que estaba constituido el planetillo tenía una densidad igual a 20.000.

La superficie interior de esta gigantesca esfera era de veintiocho millones trescientos mil kilómetros cuadrados, de los cuales dos millones de kilómetros cuadrados estaban ocupados por las aguas.

La materia del planetillo, un metal llamado «dedona», era una rareza de la Naturaleza. Aparte de su extraordinaria densidad, tenía la curiosa particularidad de inducirse eléctricamente, originando bajo estas circunstancias un campo de fuerza antigravitatoria, que repelía la proximidad de otras masas.

Propulsado por gigantescos motores de partículas ionizadas, *Valera* no podría chocar nunca con otro cuerpo celeste. Su repulsión hacia las otras masas le haría apartarse de la ruta en la que se interpusiera otro planeta. Si el cuerpo celeste era de dimensiones inferiores a *Valera*, éste obligaría al otro cuerpo a apartarse de su trayectoria.

Herméticamente encerrado en su envoltura de «dedona» el mundo interior de *Valera* era como un pequeño y pintoresco paraíso. En la mitad del espacio hueco, allí donde las fuerzas de atracción se equilibraban y anulaban unas a otras, brillaba un sol artificial, un globo de veinticinco kilómetros de diámetro, obra del hombre, que proyectaba en todas direcciones raudales de luz y calor.

Allí, como en un abrigado invernadero, se extendían enormes bosques de coníferas que embalsamaban el aire y daban cobijo a una rica y multicolor fauna. El calor del sol arrancaba de los grandes lagos nubes de vapor. El sol empezaba a atenuar su brillo a las siete y media de la tarde, y se había apagado por completo a las ocho. Entre las once y las doce el vapor de la atmósfera se condensaba en forma de lluvia, la cual limpiaba de polvo el aire, dejaba brillante el asfalto de las calles y regaba los jardines, los parques y los bosques.

Los primeros meses fueron extraordinariamente duros y difíciles.

Valera había perdido toda su atmósfera. El vacío sideral, con sus fríos extremados, ocupaba el espacio que antes llenara una atmósfera rica en oxígeno. La vida en aquellas condiciones se parecía a la de cualquier otro planetillo en el que no hubiera una sola molécula de aire. Las gentes tuvieron que vivir encerradas en sus herméticas armaduras de cristal.

El sol artificial de *Valera*, privado de sus rayos infrarrojos o caloríficos, alumbraba un mundo frío, muerto y desolado. El agua de los lagos que no llegó a evaporarse tenía la dureza de la piedra. Los ricos bosques mostraban por doquier sus ramas desnudas y esqueléticas. Ni una sola brizna de hierba crecía en la granujienta tierra. El sonido no podía transmitirse en un mundo falto de aire y el silencio más impresionante envolvía aquellas tierras donde sólo días atrás, toda una rica fauna llenaba el aire con el sonido de sus trinos, sus gritos y sus carreras.

Desarrollando un metódico plan de trabajo, los dos millones y medio de supervivientes procedieron, en primer lugar, a reparar las destrozadas compuertas con el fin de aislar el interior del planetillo del vacío cósmico. A continuación, las máquinas empezaron a fabricar oxígeno molécula por molécula. Esta fue la operación más larga de cuantas los valeranos tuvieron que realizar.

Pero mientras el aire iba ganando lentamente espacio al vacío, los 2.500.000 habitantes de *Valera* no permanecían con los brazos cruzados. La Armada había perdido en la catástrofe la tercera parte de sus buques. Hacía falta no sólo reponer aquel millón de buques, sino aumentar la fabricación de navíos hasta doblar, cuanto menos, la dotación normal del orbimotor.

A su vez, y para poder regresar a la galaxia nahumita en son de revancha, *Valera* precisaba de una coraza electrónica contra el Rayo Azul. Esta coraza debía ser instalada también a bordo de los seis millones de navíos de combate de la Armada Sideral.

Todas estas tareas bastaron y aún sobraron para ocupar hasta el último minuto. En cuanto a Miguel Ángel Aznar, éste tenía que añadir a todos las preocupaciones propias de un jefe, la de activar sus interrumpidos estudios para ponerse a la altura de los almirantes y los generales que tenía bajo sus órdenes, los cuales le triplicaban y aún cuadruplicaban en edad y en conocimientos.

Si en general, los 2.500.000 valeranos habían tenido muy

ocupados cada uno de sus minutos, Miguel Ángel, no pudo desperdiciar ni uno sólo de sus segundos. Pero si bien intelectualmente había multiplicado por diez sus conocimientos, en lo físico seguía siendo un muchacho de veinticinco años. Era un joven alto, esbelto, ancho de espaldas, moreno, de oscuros e inteligentes ojos y negros y duros cabellos. Sobre la plataforma de la cámara de derrota, el joven caudillo erguía orgulloso su silueta a la vez que clavaba sus penetrantes pupilas en el lejano planeta Noreh, patria de los aborrecidos nahumitas.

Acompañaban a Miguel Ángel Aznar en la cámara, además de los seis almirantes de la Armada Sideral y otros tantos generales del Estado Mayor, su cuñado y amigo José Luis Balmer, la princesa Ondina y el profesor Campión, artífice de la coraza electrónica que actualmente protegía al autoplaneta.

Ondina y Campión eran de origen oceánide. Cuando abandonaron su mundo submarino para unir su suerte a la de Miguel Ángel, ambos respiraban en el agua por medio de branquias. Sus cuerpos, a excepción de las cabezas y los rostros, estaban cubiertos de doradas escamas. Sus pies y manos eran planos y palmeados como los de los anfibios terrícolas. Una hábil intervención quirúrgica, practicada por cirujanos oceánides, habíales adaptado para la respiración pulmonar. Los mismos doctores quitaron de sus manos y pies las membranas cartilaginosas que les daban un aspecto repulsivo. Pero asomando todavía por las mangas de sus trajes se veía el nacimiento de las finas escamas que cubrían su cuerpo.

—Bien, señores —dijo Miguel Ángel Aznar después de comprobar la eficacia de la coraza electrónica—. Ya nada debemos temer del Rayo Azul enemigo.

—La Imperial Flota de Nahum no tardará en atacar —dijo el almirante Herrera—. ¿No sería conveniente alejarnos un poco más de ese planeta?

—¿Para qué?

—La flota nahumita estará más lejos de sus bases e invertirá más horas en ir y volver para aprovisionarse de torpedos.

—Ya discutimos de esto al elaborar el plan de ataque —dijo el almirante Cicerón—. Finalmente llegamos a la conclusión de que merecía la pena sostenerse en esta posición. Desde Noreh puede

vérsenos a simple vista. Esto molestará mucho a los nahumitas y mantendrá vivas las confianzas de nuestros compatriotas en una próxima e inminente liberación.

—Esperaremos aquí mismo a la Imperial Flota de Nahum —murmuró Miguel Ángel pulsando uno de los botones del cuadro de mandos que tenía ante sí—. Les dejaremos estrellarse contra nuestras defensas de superficie sin que por nuestra parte pongamos un solo buque en el espacio. Y ahora, si les parece bien, nos trasladaremos al polígono de tiro para presenciar la prueba de la bomba «verde» del profesor Marcos.

Una puertecilla acababa de abrirse en la pared de la esfera a la altura de la plataforma.

Por esta puertecilla y a lo largo de un corredor, el grupo llegó hasta la sala de control del autoplaneta.

La Sala de Control era un hexágono de cien metros de apotema, con una superficie de 34.500 metros cuadrados libres de columnas. El techo estaba formado por una bóveda excavada en la «dedona», superpesado metal que constituía la totalidad de la masa de *Valera*. Mil quinientos controladores y quinientos técnicos trabajaban en esta enorme sala en consolas y pupitres que formaban varios círculos concéntricos alrededor del puente de mando. Éste era una plataforma de doce metros de diámetro que se levantaba a dos metros de altura en el centro geométrico de la planta hexagonal.

El Estado Mayor cruzó la sala para atravesar el vestíbulo y salir a un espacioso aparcamiento subterráneo donde tomaron uno de los grandes ascensores que breves instantes después les dejaba en la planta inferior del Palacio Residencial.

En la anchurosa plaza de España, frente a la grandiosa escalinata del Palacio Residencial, esperaban al Estado Mayor algunos automóviles eléctricos. La princesa Ondina, el profesor Campión, Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer ocuparon uno de los aerodinámicos cochecillos. José Luis empuñó el volante y guió el coche a través de la plaza de España para enfilar una de las amplias y rectas avenidas.

Desde la cabina del coche se advertía la escasa animación de las calles de Nuevo Madrid. Esto se hacía más de notar en los arrabales de la ciudad. En otros tiempos, sólo tres años atrás, Nuevo Madrid contaba con más de 6.000.000 de habitantes, los cuales pululaban

por las aceras, los «metros», los jardines y todo lugar público. Recordando el animado aspecto de la población en tiempos pasados, Miguel Ángel y José Luis creían encontrarse en una ciudad muerta. Actualmente sólo unos 100.000 habitantes vivían en la ciudad, congregados en los rascacielos del centro.

Dejando atrás los solitarios arrabales, José Luis Balmer condujo el automóvil por una magnífica autopista.

—Me pregunto si volveremos a ver algún día a Nuevo Madrid con su antiguo y viejo aspecto —murmuró el conductor mirando a derecha e izquierda—. Esto parece un cementerio.

Miguel Ángel sentía lo mismo que su cuñado. Mirando a uno y otro lado de la carretera, la vista no alcanzaba a ver sino dilatadas extensiones de una llanura polvorienta. Aquí y allá se levantaban todavía esqueléticos grupos de árboles secos. En los dos años transcurridos desde que *Valera* se recuperó totalmente, sólo algunas hierbas y matorrales habían crecido espontáneamente en aquel inmenso desierto. En otros tiempos, aquí crecían grandes y exuberantes bosques. Cuando *Valera* perdió su atmósfera, toda su vegetación, así como la fauna de sus bosques y lagos, habían sido exterminados por completo. Los supervivientes de *Valera* no habían tenido tiempo para dedicarlo a la rehabilitación de los perdidos bosques.

—Buena faena nos hicieron los malditos nahumitas —farfulló José Luis Balmer—. ¡Mal rayo les parta! Si yo estuviera en tu lugar, Miguel Ángel, no perdería el tiempo ni me expondría a nuevos peligros. Largaría una bomba «Doble Uve» contra cada uno de los planetas ¡y se acabó!

—No digas tonterías, José Luis —contestó Miguel Ángel sin dejar de mirar al desolado paisaje—. Tú sabes que no podemos hacer eso, ¿serías acaso capaz de torpedear a los planetas nahumitas, sabiendo que viven en ellos al menos cincuenta millones de nuestros compatriotas?

—En las condiciones en que viven nuestros compatriotas, éstos nos agradecerían que les libráramos de más penalidades, convirtiéndoles en polvo con los nahumitas.

—Bien —suspiró Miguel Ángel—. Es posible que sea así. Mas no seré yo quien ejecute por mi propia mano a cincuenta millones de seres humanos. Antes de llegar a este extremo apuraré todos los

recursos para rescatarles.

—¿Y cómo? —rezongó José Luis—. Aunque hemos doblado nuestra Armada Sideral, la Imperial Flota nahumita nos supera todavía en más del doble. Durante siglos enteros esta gente se ha dedicado a construir buques y más buques de combate. Cuentan, sin duda, con la Flota Sideral más numerosa del orbe. ¿Y tú quieres derrotarla con sólo seis millones de navíos?

—La diferencia no es tan grande —repuso Miguel Ángel—. Cada uno de nuestros buques siderales vale casi tanto como dos nahumitas. Por lo tanto, nuestras fuerzas están casi igualadas.

—Muy bien —contestó José Luis—. Nuestras fuerzas están casi igualadas. ¿Y qué? ¿Cuánto tiempo podremos sostener este equilibrio? Ellos, con sus once planetas, sus incalculables recursos industriales y humanos, pueden construir buques de guerra tan rápidamente como los vayan perdiendo. Además, ellos están bien guarecidos en sus planetas. Les basta permanecer quietos y dedicarse a esperar mientras nosotros nos estrellamos contra su numerosa Flota. Desengáñate, cuñado. Pretender derrotar a los nahumitas y rescatar a nuestros compatriotas es un hermoso sueño, pero irrealizable.

—Nos queda la bomba «Verde» o anticatalizadora del profesor Marcos. Si la prueba de hoy tiene éxito todo puede cambiar. ¡Mira! ¡Ahí está el equipo de expertos!

Por la izquierda, no lejos de la autopista, acababa de aparecer un grupo de grandes camiones de transporte del Ejército. Algunos hombres se movían en torno al vehículo. José Luis frenó, sacó el coche del camino y lo metió a campo traviesa hasta detenerlo junto a los automóviles del Ejército. Un grupo de hombres avanzó hacia los recién llegados.

En el momento en que Miguel Ángel saltaba a tierra, se detenían los otros coches que vinieran en su seguimiento desde Nuevo Madrid.

—¡Buenos días, profesor Marcos! —saludó Miguel Ángel a un hombre de cabellos grises que le estrechaba la mano—. ¿Todo listo?

—Estamos preparados —aseguró el profesor.

Los almirantes y generales del Estado Mayor Expedicionario se reunieron con Miguel Ángel y el profesor. Este último hizo señas para que le siguieran y condujo al grupo hasta el pie de una

plataforma lanzacohetes.

—Caballeros —dijo el profesor Marcos con voz grave, señalando a un proyectil cohete en cuyas entrañas estaban manipulando sus ayudantes—. La Humanidad está a las puertas de la Guerra Verde. Desde hace siglos conocemos el proceso llamado fotosíntesis, por medio del cual, las plantas verdes fijan el aire, el agua y la energía del sol transformándolos en azúcares y grasas. Nosotros hemos salvado a la Humanidad del hambre gracias a la clorofila, por medio de la cual el carbonato cobra formas asimilables por el organismo humano. La vida sería totalmente imposible para el Hombre sin los vegetales. El vegetal es la sustancia prima, y todos los demás alimentos posibles no son sino vegetales transformados. Incluso los combustibles que el Hombre utiliza; el carbón y la gasolina, son de origen vegetal más o menos remoto. Utilizando como materia prima elementos que existen en abundancia, el agua, el aire y la luz del Sol, nosotros hemos producido alimentos suficientes para saciar el hambre de todo el planeta. No hay región del Mundo, por pequeña y pobre que sea, que no pueda hoy día bastarse a sí misma.

El profesor Marcos señaló el proyectil dirigido, que acababa de quedar listo, y añadió:

—Este es el anticatalizador que puede dejar en libertad las energías que las plantas han tomado del Sol. Por un proceso inverso al que utilizamos para fijar la clorofila, este proyectil puede convertir en humo las plantas de una vasta extensión de la tierra. Con cierto número de bombas, todo un planeta puede quedar reducido a un desierto donde no exista ni una sola brizna de hierba. Esta súbita liberación de energía tiene alguna analogía con la liberación de la energía encerrada en el átomo, si bien es de efectos mucho menos dañinos para la criatura humana. Sin embargo, y para la prueba de hoy, nos mantendremos a respetable distancia del objeto que hemos tomado como blanco. ¿Quieren echarle una mirada con el teleobjetivo?

El profesor señalaba una fila de telémetros que estaban emplazados junto a los camiones. Miguel Ángel y los miembros de su Estado Mayor se aproximaron a los aparatos. Éstos estaban ya apuntados contra el objetivo. Miguel Ángel pudo ver a una distancia de 15 kilómetros un retazo de vegetación que surgía de la llanura

como un oasis en mitad del desierto. Los arbolillos eran muy tiernos todavía y alzaban su verde claro sobre la masa verde oscura de los matorrales y las zarzas.

—¡Listo, profesor! —gritó uno de los científicos que había estado manipulando en el artefacto.

El profesor Marcos se volvió hacia Miguel Ángel.

—¿Podemos empezar?

—Sí, desde luego.

El sabio hizo una seña a los servidores de la batería. Éstos levantaron el proyectil con una grúa y lo depositaron sobre la rampa en posición de lanzamiento. Cuatro o cinco muchachas repartieron entre los observadores gafas ahumadas de color azul.

—El resplandor emanado de la explosión será muy vivo —advirtió el profesor Marcos. Y colocándose a su vez las gafas hizo una seña a los ocupantes de uno de los camiones.

Un altavoz rugió:

—¡Atención! ¡Faltan sesenta segundos para el lanzamiento!

Los dos observadores se situaron frente a los telémetros. El altavoz llevó la cuenta de los segundos que faltaban.

—¡Faltan quince segundos! ¡Faltan diez segundos!

Miguel Ángel puso los cristales de sus gafas en contacto con los oculares de su telémetro. La enervante voz del aparato gritó:

—¡Siete… seis… cinco… cuatro… tres… dos… uno!

Escuchóse un formidable silbido. La base de la plataforma lanzacohetes se llenó de humo. El proyectil salió como una centella, surcó el espacio lleno de sol… Estalló en el aire, a unos doscientos metros de altura sobre el objetivo.

No se produjo ningún sonido. Un vivísimo resplandor chisporroteó medrosamente allá donde se levantaba el oasis. Éste desapareció tras el enceguecedor brillo de un radiante sol que acababa de brotar del mismo desierto. La bola, dorada, como de oro fundido, centelleó un breve segundo y se extinguió sin dejar rastro. Pese a las gafas ahumadas, Miguel Ángel quedó deslumbrado por un minuto. Cuando volvió a ver con claridad, una tenue columna de humo se alzaba del lugar que poco antes ocupara el retazo de verdor. Del oasis no quedaba ni la menor huella.

Los miembros del Estado Mayor, hondamente impresionados por lo que acababan de ver, se irguieron apartándose de los telémetros.

Una escuadrilla de automóviles se ponía en marcha a través de la llanura, dejando atrás asfixiantes nubes de polvo.

—¿Quieren ver ustedes lo que ha quedado del oasis? —invitó el profesor Marcos señalando a la lejanía—. No hay ningún peligro de radiactividad ni cosa parecida.

—No, gracias —se disculpó Miguel Ángel—. Nosotros hemos de volver inmediatamente a Nuevo Madrid. Ya me facilitará usted el informe completo de resultado del experimento.

Tras estrechar la mano del profesor, el Estado Mayor retornó a sus automóviles para volver a Nuevo Madrid.

—¡Bueno! —suspiró José Luis cuando conducía el automóvil eléctrico hacia la capital—. ¿Qué piensas hacer ahora, cuñado?

—Los nahumitas, al menos por lo que nosotros sabemos, todavía no utilizan para su alimentación el proceso industrial de la fotosíntesis —contestó el caudillo—. El problema de la alimentación no les ha preocupado nunca, puesto que cuentan con incalculables recursos humanos y once planetas que trabajan para ellos. Esta política va a costarles muy cara. Bombardearemos sus planetas con bombas anticatalizadoras. Los nahumitas verán disiparse en humo sus cosechas, sus plantaciones y sus bosques. Cuando el hambre les atormente, nosotros les impondremos nuestras condiciones.

El automóvil zumbaba sobre la autopista camino de Nuevo Madrid.

CAPÍTULO III

ATAQUE A VALERA

TRANSCURRIERON cuatro semanas antes de que la Imperial Flota de Nahum hiciera acto de presencia en las inmediaciones de *Valera*. La razón de esta tardanza era bien sencilla. Los nahumitas, que habían sido dueños del planetillo durante algunas semanas y tuvieron ocasión de inspeccionar sus formidables defensas de superficie, no se lanzaron al ataque hasta tener reunidas a las tres cuartas partes de su poderosa Flora Sideral. Sólo cuando el número les ofreció razonables garantías de éxito se decidieron a acometer. Y entonces, ciertamente, lo hicieron poseídos de una furia diabólica.

En aquellos momentos Miguel Ángel Aznar se encontraba en su despacho particular. No iba a dirigir la batalla, pero creyó oportuno aconsejar al almirante Herrera por televisión:

—Doce millones de buques son muchos, incluso para nuestra defensa de superficie. ¿No convendría ir sacando nuestros aparatos por lo que pudiera ocurrir?

El almirante Herrera se manifestó del mismo parecer y ordenó a la Armada que comenzara a salir al espacio. Como quiera que las unidades de la Armada Sideral Terrícola eran muy superiores al número de supervivientes de *Valera* y como quiera que los dos millones y medio de valeranos estaban sobrecargados de trabajo, ninguno de los buques de línea iba tripulado por seres humanos. Por primera vez en la historia de la Armada Sideral terrícola, ésta iba a entrar en combate dirigida por control remoto.

Los torpedos «robot» nahumitas surcaron el espacio en dirección al planetillo en el momento en que los buques siderales de los terrestres irrumpían en el espacio por los múltiples tubos de

lanzamiento. Éstos parecían gigantescos cañones disparando ininterrumpidos chorros de colosales proyectiles.

Miguel Ángel podía seguir parte de estas escenas a través de una gran pantalla de televisión emplazada frente a su mesa. También se encontraban en el despacho, con la mirada puesta en la pantalla, la princesa Ondina y el profesor Marcos, al cual acompañaban hasta media docena de sus ayudantes. Estos hombres, que habían dedicado toda su existencia al estudio y la investigación, no sabían una palabra de estrategia, Miguel Ángel hubo de explicarles:

—Los nahumitas han comprendido la necesidad de deshacerse de nosotros. Nuestro autoplaneta constituye una seria amenaza para sus planetas y ellos lo saben. Se disponen ahora a atacarnos en masa para silenciar una tras otra nuestras baterías de superficie y barrer luego a nuestra Armada.

—¿Cree usted que podremos rechazarles? —interrogó uno de los sabios mirando lleno de inquietud hacia la pantalla.

—En ello confiamos —repuso Miguel Ángel—. Los nahumitas no pueden imaginar que nos hayamos recuperado en sólo tres años, y mucho menos que hayamos duplicado casi el número de nuestras baterías lanzacohetes de superficie. Su fuerza, realmente, es muy importante. Por eso he considerado prudente ayudar a nuestras baterías con un millón de buques de línea.

Los sabios profesores miraron llenos de aprensión a la pantalla:

—¡En fin! —suspiró Miguel Ángel—. Dejemos aparte la estrategia y hablemos de la bomba anticatalizadora. ¿Podría nuestra industria construir una cantidad suficiente para aniquilar la vegetación de todos los planetas enemigos en un tiempo razonablemente corto?

—Hemos calculado que podríamos estar listos para dentro de cinco meses —dijo el profesor Marcos.

—Dejémoslo en cuatro meses —dijo Miguel Ángel—. ¿Sería posible estar preparados dentro de ciento veinte días, a partir de hoy?

El profesor Marcos consultó con la mirada a sus ayudantes.

—Sí —dijo—. Haciendo un gran esfuerzo puede que concluyéramos la tarea para esa fecha.

—Perfectamente. Y ahora pasemos a otro punto muy interesante. Estas bombas anticatalizadoras, ¿pueden lanzarse como

las bombas de hidrógeno desde una considerable distancia del objetivo?

—No, señor Aznar. Las bombas anticatalizadoras, para que surtan efecto, han de hacer explosión en las capas más densas de la atmósfera, que son, como usted sabe, las más próximas a la superficie de la tierra. Si se lanzaran como las bombas «H», los proyectiles, al choque con las altas capas de la atmósfera, estallarían a gran altura de la tierra, de la misma forma que hacen explosión los aerolitos que están cayendo constantemente sobre los planetas.

Miguel Ángel hizo una mueca de disgusto.

—Sí que es una contrariedad —aseguró—. Un torpedo lanzado desde lejos y con escasa velocidad, para que no se funda al roce con la atmósfera, no tendría ni una probabilidad entre un millón de alcanzar el fondo de la atmósfera de un planeta enemigo a través de la barrera de proyectiles nahumitas. Nuestra Armada tendía que abrirse paso combatiendo y largar sus torpedos tan cerca de la atmósfera del planeta que los nahumitas no tengan tiempo para destruirlos en el aire.

Los científicos contemplaron en silencio el arrugado ceño de Miguel Ángel mientras éste se acariciaba pensativamente el lóbulo de una oreja.

—¡En fin! —suspiró el joven caudillo—. Nos abriremos paso hasta los planetas nahumitas si no hay otro remedio. Hablemos ahora del plan de producción.

Por espacio de dos horas, Miguel Ángel discutió con los científicos los pormenores de la campaña de trabajo intensivo que iba a desarrollarse y efectuó numerosas conferencias telefónicas con otros hombres notables del autoplaneta. La conferencia estuvo frecuentemente interrumpida por las llamadas del almirante Herrera, que dirigía la batalla sideral.

En el transcurso de estas dos horas, mientras Miguel Ángel movilizaba todos los recursos industriales del autoplaneta, dando primacía a la fabricación de las bombas «Verdes» —que era como los sabios habían dado en llamar a los anticatalizadores de la clorofila—, centenares de millones de torpedos «robot» combatían en el espacio envolviendo a *Valera* en el pavoroso crepitar de una continua hoguera atómica.

Muchos torpedos nahumitas conseguían llegar hasta la superficie del planetillo, donde hacían explosión levantando grandes polvaredas. A su vez, no pocos torpedos autómatas terrestres conseguían tras formidable combate rebasar las líneas defensivas nahumitas y hacer blanco contra los buques de combate. Estos navíos estallaban la mayoría de las veces en el espacio. Otras veces, sin control y con los motores parados, seguían su loca carrera, eran arrastrados por la fuerza de atracción del planeta y se estrellaban sobre la superficie de éste.

La conferencia de Miguel Ángel con los científicos terminó antes que la batalla sideral. Miguel Ángel apresuróse a descender a la cámara de derrota, donde el almirante Herrera, el almirante Mendizábal y el vicealmirante Blasón, roncos y sudorosos, continuaban dirigiendo aquella descomunal batalla.

Los nahumitas habían conseguido silenciar a cierto número de baterías de superficie de *Valera*. Pero los buques perdidos y la fantástica cantidad de torpedos utilizados superaba el valor de los destrozos causados. Súbitamente los nahumitas viraron en redondo y se alejaron en dirección al planeta Noreh. La batalla, librada exclusivamente entre torpedos «robot», había quedado en tablas; es decir, sin vencido ni vencedor.

—¡Uf! —suspiró el almirante Mendizábal enjugándose el sudor del rostro con un pañuelo—. Se han largado. No les habremos destruido más allá de doce o quince mil aparatos, pero al fin les hemos dado una lección.

El almirante Herrera, con voz enronquecida de tanto gritar, acercó un micrófono a sus labios y ordenó:

—¡Recuenten nuestras pérdidas! Ordenen al Ejército que envíe patrullas a la superficie para recoger a los posibles supervivientes nahumitas. Si los hay, llévenlos a la Comandancia.

Herrera abandonó el micrófono y volviéndose hacia Miguel Ángel, añadió:

—Esa gente es endiabladamente astuta. No se han dejado coger en la trampa que les teníamos preparada.

—No —gruñó Miguel Ángel—. No se han dejado coger en la trampa. Y era lógico que fuera así, puesto que ellos conocían ya la potencia de fuego de nuestras defensas. Si desconociendo nuestra fortaleza se hubieran lanzado al ataque con sólo tres o cuatro

millones de navíos, les habríamos pulverizado. Sin embargo, han sondeado nuestra capacidad defensiva con un número tal de buques que su derrota era prácticamente imposible. Conocen ahora nuestra potencia de fuego. Esto nos obliga a alterar de arriba abajo nuestros planes.

—¿Por qué? —protestó el almirante Herrera—. Nuestra posición es sólida. *Valera* constituye de por sí una fortaleza inexpugnable, que podemos llevar de un lado a otro, según nos convenga, o retirar del campo de batalla en el momento en que ésta se nos presente desfavorable. Y además, nos queda la bomba «Verde» del profesor Marcos. Nuestra táctica se reduce a esperar, a rechazar todos los ataques nahumitas y largarles nuestros torpedos anticatalizadores en cuanto los tengamos listos.

—No —negó Miguel Ángel moviendo lentamente la cabeza—. No podemos permanecer indefinidamente a la defensiva. Las bombas «Verdes», al igual que las bombas «Doble Uve», para que surtan efecto han de estallar en las bajas capas de la atmósfera. Esto quiere decir que para desencadenar la guerra verde nos hemos de lanzar a la ofensiva, aproximarnos a los planetas nahumitas a través de la oposición enemiga y soltar nuestros torpedos «verdes»… si nos lo permiten.

—¡Ah! —exclamó Herrera lúgubremente—. Eso es otra cosa. Ciertamente, puede obligarnos a alterar todos nuestros planes.

—Voy a reunir al Estado Mayor —anunció Miguel Ángel. Y mirando hacia las paredes de la esfera dentro de la cual estaban, añadió—: Los nahumitas no volverán por ahora.

Miguel Ángel y los almirantes salieron por la Sala de Control. Aquí fueron informados de que las patrullas del Ejército estaban recogiendo de la superficie del planetillo cierto número de astronautas nahumitas milagrosamente salvados de la catástrofe de sus navíos.

—Enciérrenlos y llamen al doctor Blasco para que les inyecte una droga hipnótica. Tal vez podamos recoger algún informe valioso.

En la media hora siguiente Miguel Ángel estuvo muy ocupado reuniendo al Estado Mayor. Los miembros de éste, que andaban dispersos por varios puntos del planetillo, se pusieron inmediatamente en ruta hacia Nuevo Madrid. De la Comandancia,

situada en la planta baja del Palacio Residencial, anunciaron que tenían a dieciocho oficiales nahumitas en estado hipnótico, dispuestos para ser interrogados.

Miguel Ángel, acompañado de José Luis y de la princesa Ondina, que parecía su sombra, descendió a la planta baja para asistir al interrogatorio. Los oficiales nahumitas habían sido recluidos en otras tantas habitaciones, en las cuales yacían completamente inmóviles con los ojos abiertos, clavados en el techo.

El doctor Blasco salió al encuentro de Miguel Ángel.

—Hay entre los prisioneros una muchacha que parece ser un personaje de importancia —anunció—. En su armadura de vacío y también bordado en la espalda de su chaquetón, lleva un emblema muy extraño. ¿Quiere verla?

En pos del doctor, Miguel Ángel entró en una reducida habitación. Detrás de la puerta había un lecho. En éste vio tendida a una mujer. Al mirarla, el joven sintió como un extraño escalofrío le recorría la espina dorsal. La ocupante del lecho era una muchacha joven y de extraordinaria belleza. Los soldados terrícolas habíanla despojado de su armadura de cristal. Debajo de ésta, la muchacha vestía un sencillo calzón corto y una blusa cerrada en el cuello y en los puños con pasadores de diamantina.

Los miembros de la joven eran esbeltos, finos y bien formados. Su turgente busto subía y bajaba a impulsos de una respiración acompasada. Llevaba los rubios cabellos cortados al estilo paje. Sus cejas y pestañas eran también rubias. Tenía los ojos abiertos de par en par fijos en el techo. Estos ojos, grandes y de singular belleza, tenían las pupilas de un color dorado, como oro viejo. Las facciones de la mujer eran de una corrección increíble y recortaban su limpio perfil sobre la penumbra de las paredes de la habitación.

Miguel Ángel la estuvo observando en religioso silencio durante un largo minuto, hasta que el doctor Blasco le arrancó de su abstracción al mostrarle la casaca que habían quitado a la prisionera.

—Vea aquí, almirante. ¿No le es a usted vagamente familiar este sol llameante con un dragón en el centro?

Miguel Ángel tomó la prenda. Ésta dejaba escapar un tenue y delicado perfume. Tenía bordado en la espalda un sol llameante en cuyo centro, según acababa de decir el doctor, campeaba un dragón

rampante de dos cabezas.

—Es el emblema imperial de Nahum —aseguró Ondina tomando la prenda—. Sólo los príncipes de Nahum y el propio Emperador Tass lo llevan en sus ropas.

Miguel Ángel volvió a mirar a la exánime joven. Ésta, después de saber que pertenecía a la familia imperial, se le antojó envuelta en una invisible aureola de nobleza y distinción. Los inciertos pensamientos del joven caudillo fueron nuevamente interrumpidos por el doctor Blasco, quien le mostraba la armadura de cristal que solían utilizar los astronautas en previsión a un abandono forzoso de sus navíos siderales. La coraza en sí carecía de importancia. Era bastante parecida al tipo que utilizaban los astronautas terrestres, solamente que negra en vez de azul. En la coraza se veía también el sol encerrando al dragón imperial.

Miguel Ángel dejó la pieza en manos de su amigo y fue a inclinarse sobre la muchacha. Ésta, a no ser por el rítmico movimiento de su pecho, hubiera podido muy bien pasar por una estatua tallada en mármol. El mismo sutil perfume de la prenda emanaba de aquel hermoso cuerpo.

—¿Quién eres? —le preguntó Miguel Ángel en lengua nahumita.

Los labios de la muchacha, rojos y gordezuelos, se entreabrieron apenas para murmurar:

—Mi nombre es Ambar. Soy la tercera princesa de la generación cuadragesimocuarta del Gran Tass.

—¿Quieres decir que eres hija del propio emperador de Nahum?

—Sí. Yo soy la hija mortal del inmortal Emperador de Nahum, el Gran Tass, Señor de los Cielos y los Planetas —repuso la prisionera.

Miguel Ángel Aznar intercambió una mirada de inteligencia con el doctor Blasco. Los terrícolas sabían ya, por los prisioneros que hicieron tres años atrás, durante la reconquista de *Valera*, que el Emperador Tass, quien se titulaba a sí mismo Señor de los Cielos y los Planetas, era considerado como un ser inmortal elevado a la categoría de Dios Hijo del Sol.

La verdad era que el Gran Tass cambiaba frecuentemente su cerebro de cuerpo, consiguiendo así alargar extraordinariamente su existencia. El cambio de cuerpos no se practicaba, por lo general, en el Imperio de Nahum, si bien era conocido. El Emperador lo prohibía reservándose para sí la facultad de cambiar su cerebro de

un cuerpo a otro, alargando su vida en una ilusoria y pretendida inmortalidad. La princesa Ambar debía ser descendiente del Gran Tass en una de las varias «reencarnaciones» de éste.

Al joven caudillo le hubiera gustado hacer a la princesa otras preguntas de carácter íntimo. Mas recordando que su Estado Mayor le esperaba, imprimió un cambio al curso de sus propósitos y preguntó:

—¿A cuánto ascienden los efectivos de vuestra Imperial Flota?

—Nuestra Flota suma ahora cerca de quince millones de navíos de combate —contestó la princesa Ambar—. De éstos, cinco millones fueron construidos en los últimos tres años, copiándolos de los buques siderales tomados a los terrestres, los cuales son más grandes, más veloces y van mejor acorazados que los nuestros…

—¡Válgame Dios! —exclamó José Luis—. Debiéramos habernos figurado que los nahumitas construirían en adelante sus naves copiándolas de las nuestras… ¡Ahí son nada quince millones de aeronaves! ¿Pero es que esta gente no tiene otra faena que dedicarse a construir buques y más buques?

—Los nahumitas son por naturaleza una raza guerrera. Su vasto imperio y las revueltas que en sus dominios se producen cada día les obliga a contar con una numerosa Flota Sideral. En ésta apoyan los nahumitas toda su fuerza —explicó Ondina.

Miguel Ángel hizo seña a sus amigos para que callaran y volvió a inclinarse sobre la princesa de Nahum.

—Vosotros habéis visto al Ejército Autómata que los terrestres tenían en su autoplaneta ¿Lo habéis copiado también o tenéis algo semejante?

—Los nahumitas no necesitan crear un ejército autómata como el terrestre. Los nahumitas tienen sus numerosas legiones humanas y para apoyar a éstas cuentan con su poderosa Flota Sideral.

—¿Qué impresión produjo a los nahumitas el regreso del autoplaneta *Valera*? —interrogó Miguel Ángel.

—Nos sorprendió mucho. Los nahumitas creíamos que el autoplaneta de los terrícolas había emprendido el retorno a su patria. Teníamos la seguridad de que volvería alguna vez, dentro quizás de dos mil años. Pero no tan pronto. Sin embargo, nos alegramos de verle de vuelta. Confiamos en apoderarnos de él y utilizarlo como vehículo interplanetario para emprender la

conquista de todo el Orbe y especialmente de los mundos de donde proceden esos hombres que se titulan terrícolas.

Miguel Ángel se irguió y estuvo contemplando pensativamente a la princesa Ambar durante un buen rato. La llegada de un oficial interrumpió sus pensamientos.

—¡Superalmirante! El Estado Mayor está reunido en la sala de conferencias.

—Voy en seguida —murmuró Miguel Ángel. Y tras lanzar una última mirada sobre la princesa de Nahum dijo al doctor Blasco—: Interróguenla ustedes. Mándeme el cuestionario en cuanto esté lleno.

—Yo me quedo —dijo José Luis.

La princesa Ondina se quedó también junto a la bella enemiga de su raza. Miguel Ángel subió solo en el ascensor hasta la señorial sala de conferencias.

CAPÍTULO IV

DOS ENEMIGOS FRENTE A FRENTE

CUANDO José Luis Balmer se disponía a entrar en la sala de conferencias llevándole el cuestionario de preguntas que los oficiales del Servicio de Información habían rellenado con las declaraciones de la princesa de Nahum, las grandes puertas del salón se abrieron y por ellas salió Miguel Ángel seguido de los almirantes y generales del Estado Mayor.

—¡Cómo! —exclamó José Luis—. ¿Ya habéis terminado?

—La conferencia se ha suspendido hasta que tengamos los informes facilitados por los prisioneros —explicó Miguel Ángel. Y arrebatándole a su cuñado los papeles que llevaba en la mano echó a andar hacia sus propias habitaciones preguntando—: ¿Es ésta la declaración de la princesa Ambar?

—Sí —contestó José Luis. Y tras una corta pausa, chascando la lengua y poniendo los ojos en blanco exclamó—. ¡Vaya preciosidad de mujer! ¡Pero no vayas a decirle esto a tu hermana!

Miguel Ángel rió de la pusilánime preocupación de su cuñado mientras subía en el ascensor hasta su piso. Sentía verdadera curiosidad por leer las declaraciones de la princesa. Lo primero que hizo fue entrar en su despacho para dedicarse a la lectura del cuestionario.

Como podía esperarse del interrogatorio dirigido por oficiales del Servicio de Información, el cuestionario sólo contenía preguntas de interés militar. Miguel Ángel marcó el número de la Comandancia y se puso a hablar por televisor con el coronel del Servicio de Información que había dirigido el interrogatorio.

—¿Qué hace ahora la princesa nahumita? —le preguntó.

—Hace un rato que despertó —repuso el coronel—. Al saber que era prisionera y le habíamos arrancado una extensa información intentó suicidarse. Ahora está más calmada, pero nos mira a todos con ojos de asesino.

—Súbanla a mi despacho.

Cerró el joven la comunicación y se repantigó en el confortable sillón de su despacho. Mas sintiendo una vaga y misteriosa desazón saltó en pie y empezó a pasear arriba y abajo. Luego, y como se sintiera todavía invadido de aquel extraño nerviosismo, abrió una cajita de cristal y extrajo de ella un cigarrillo que encendió con rapidez.

Miguel Ángel aspiró con fruición el humo y luego lo expulsó en un fino chorrito hacia el artesonado techo. De cuantas taras o vicios conservaba el hombre de la generación presente, el uso del tabaco era uno de los pocos que todavía persistían. El caudillo recurría al tabaco en sus momentos de impaciencia y nerviosismo. Y en el presente éste era su estado.

Sí. Miguel Ángel sentía como una sutil desazón y un curioso regocijo le invadía a la vez mientras aguardaba la llegada de la princesa nahumita. Al escuchar el ahogado rumor de los pasos de los que traían a la prisionera, el «superalmirante» se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. En el hueco aparecieron dos soldados de las Fuerzas Policiacas, entre los cuales se erguía la esbelta y orgullosa silueta de la princesa de Nahum.

Ella fijó en Miguel Ángel una mirada curiosa y relampagueante. Al terrícola se le antojó ahora cien veces más hermosa que cuando ella permanecía en estado de coma. Bajo la nacarada piel de las aterciopeladas mejillas de la princesa, la agitación hacía transparentar oleadas de suave color sonrosado. La princesa llevaba las manos esposadas a la espalda.

—Quítenle las esposas —ordenó Miguel Ángel.

—Le advierto, señor, que esta mujer es una fiera —dijo uno de los policías.

—No importa. Quítenselas.

Los policías obedecieron y Miguel Ángel los despidió con un ademán.

—Estaremos en el pasillo, por si nos necesita —dijeron cuando salían.

La princesa de Nahum permanecía en pie ante Miguel Ángel, sin apartar de éste sus doradas pupilas y acariciándose las muñecas, donde las esposas de acero habían dejado surcos rojos.

—La princesa de Nahum ¿será tan amable que me honre entrando en mi humilde despacho? —dijo Miguel Ángel haciéndose a un lado y señalando a la habitación.

La princesa Ambar miró hacia el despacho, luego hacia los ojos de Miguel Ángel, y finalmente entró en la pieza con rápido y nervioso paso. El terrícola la siguió.

Al llegar al centro de la estancia, Ambar se detuvo y volvióse en redondo para preguntar:

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Miguel Ángel Aznar.

—Creo haber oído hablar de ti —dijo la muchacha mirando de arriba abajo a Miguel Ángel—. ¿No fuiste tú quien consiguió rescatar al autoplaneta *Valera*?

—Sí, fui yo.

La princesa dejó de mirar al terrestre para curiosear el despacho. Éste, en contraste con todas las demás estancias del Palacio Residencial, no tenía los muebles de vidrio ni de materiales plásticos, sino que estaba amueblado y decorado al viejo estilo español. La mesa era grande, sólida y pesada. Los sillones frailunos estaban tapizados de cuero rojo. Los armarios y arcones eran de madera de caoba. Teniendo en cuenta que la actual generación vivía el año 8000 de la Era de Jesucristo, aquel despacho podía considerarse como una antiquísima pieza de museo.

Las grandes panoplias que colgaban de las paredes, con espadas toledanas, pistolas y mosquetes, daban un señorial empaque a esta habitación que parecía arrancada de una lámina de la Historia de la colonización de América. Los antepasados de Miguel Ángel habíanla conservado tal y como estaba trasladándola siglos atrás del autoplaneta *Rayo* en el cual, el Miguel Ángel Aznar, fundador de la actual dinastía de los Aznares, había realizado las proezas más maravillosas de la Historia de la Humanidad.

Súbitamente, la princesa dio un salto hacia una de las panoplias. De un tirón descolgó una de las tizonas toledanas y se revolvió con ella en la diestra. Miguel Ángel dio un respingo de sorpresa y quedó desarmado e inmóvil frente a la bella enemiga que le contemplaba

con ojos asesinos.

—¡Muere, perro terrestre! —gritó Ambar. Y al mismo tiempo asió la espada por la hoja y la arrojó a modo de una jabalina contra el pecho de Miguel Ángel.

El acero iba lanzado con extraordinaria fuerza y maestría. El terrícola se echó rápidamente a un lado. La tizona pasó silbando junto a él, le desgarró las ropas bajo el sobaco y fue a clavarse en una de las puertas de los armarios de caoba, donde quedó vibrando.

—¡Te arrepentirás de haberme quitado las esposas! —aseguró la princesa de Nahum a la vez que se apoderaba de otro de los estoques españoles.

El terrícola vio en los dorados ojos de la mujer la firme decisión de matarle. Sin pensarlo más tomó la espada clavada en el armario y la arrancó de un tirón. Justamente cuando acababa de empuñar la espada, la princesa de Nahum caía sobre él tizona en alto.

Miguel Ángel detuvo en el aire el golpe. Los dos aceros chocaron con estrépito arrancando chispas de fuego. Miguel Ángel, que cuando era cadete de la Academia Astronáutica de San Carlos había cobrado justa fama de buen esgrimidor, comprendió desde el primer instante que la nahumita era una estupenda tiradora de espada.

Durante los primeros minutos de la refriega, el terrícola vióse obligado a retroceder ante la culebra de acero que la nahumita parecía tener en su mano. Sin dejar de retroceder el joven llegó hasta la pared. Allí tuvo que echarse a un lado mientras la punta de la tizona de Ambar chocaba en el muro de cristal oculto bajo los espesos tapices.

Miguel Ángel acometió a su vez obligando a la muchacha a retroceder hasta la mesa. Ésta pareció sorprenderse de la réplica del terrícola, pero su asombro fue mucho mayor cuando, inesperadamente, sintió su tizona arrancada de su mano y la vio volar por el aire para caer en el extremo opuesto del despacho. Miguel Ángel acababa de ejecutar uno de sus trucos favoritos. Ahora, la punta de su espada, un poco oxidada, estaba a dos dedos de la alabastrina garganta de la princesa de Nahum.

—¡Mátame! ¿A qué esperas, maldito terrestre? —gritó la muchacha, jadeante su turgente busto—. ¿Creerás acaso que una princesa de Nahum es capaz de pedir clemencia?

Miguel Ángel Aznar bajó la aguda punta de su tizona.

—No —dijo—. Un nahumita es un ser demasiado estúpido para comprender y gozar de la delicia de vivir. Nunca pisotearía su necio orgullo a cambio del don de su existencia.

Ambar miró al terrestre sorprendida. En este momento la puerta del despacho se abrió violentamente dejando paso a Estrella Aznar, hermana de Miguel Ángel, que venía atraída por el estrépito de la lucha. Detrás de Estrella entraron los dos policías que sólo unos minutos antes condujeran hasta allí a la princesa de Nahum.

—¡Miguel Ángel! —exclamó Estrella. Y mirando a la espada que su hermano tenía en la mano preguntó—: ¿Qué ocurre? ¿Qué estáis haciendo?

—¿Necesita ayuda, almirante? —preguntó uno de los policías.

—Sí, pasen muchachos, y vuélvanle a poner las esposas a esta mujer. Tenían ustedes razón. Es una fiera.

Los dos muchachones entraron y mostráronse muy diligentes en la tarea de poner las manillas a la princesa. Ésta no se resistió. Mientras tanto, Miguel Ángel explicó brevemente lo ocurrido a su hermana.

—Y ahora —acabó diciendo el muchacho— salid todos y dejadme solo con esta fierecilla.

Los policías y Estrella salieron dejando la puerta abierta.

—¿No quieres sentarte? —preguntó Miguel Ángel a Ambar señalando uno de los confortables sillones.

La nahumita arrugó su lindo entrecejo: Miguel Ángel esperaba verla despreciar también la invitación, pero ella debió cambiar de idea y fue a sentarse en uno de los sillones, frente a la mesa. El muchacho fue a ocupar el sillón opuesto. La brillante superficie de la mesa, cubierta por un cristal, quedó entre ambos.

—Debieras mostrarte mucho más resignada con tu suerte —aseguró Miguel Ángel—. Comparado con el que vosotros dais a nuestros prisioneros, el trato que se te da es poco menos que un recibimiento apoteósico. ¿Qué te pasa? ¿Acaso sientes disgusto por haber salido con vida de la aventura?

—Un nahumita siempre prefiere la muerte a caer vivo en manos de sus enemigos —contestó secamente la muchacha.

—Sin duda porque el nahumita no espera recibir mejores tratos de los que él da a sus prisioneros —repuso Miguel Ángel—. Después de lo que hicisteis con los terrícolas, ¿qué crees que debemos hacer

nosotros con los nahumitas si algún día invadimos vuestro planeta?

—Los terrestres nunca entrarán como vencedores en Noreh. Y si lo hicierais, podríais como vencedores disponer de las vidas de los nahumitas. Es la ley.

—¿Crees que procederíamos según vosotros, matando a los niños, a los ancianos y a los enfermos, condenando a la esclavitud al resto?

—Sin duda lo haríais.

Miguel Ángel movió pesimistamente la cabeza.

—No. Esa no es nuestra forma de proceder —aseguró—. Ni es ciertamente la forma de producirse de ninguna nación que se considere civilizada. Aunque llegáramos a ser dueños de vuestro imperio, nuestra conciencia nos impediría hacer con vosotros aquello que no hubiéramos querido veros hacer con los nuestros. Uno de los mandamientos de nuestra religión dice: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Esto se traduce frecuentemente también con la frase: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti». En tan breves palabras se encierra la más maravillosa filosofía, pues si todos nos comportáramos con nuestros semejantes de la misma forma que nos gustaría que se comportaran con nosotros, todos los hombres serían hermanos y se acabarían las guerras y las matanzas. A vosotros, indiscutiblemente, no puede agradaros la perspectiva de ver vuestros mundos arrasados, a vuestros padres e hijos asesinados y a vosotros mismos cargados de cadenas. Si es así, ¿por qué matáis a los hijos y a los padres de vuestros enemigos y condenáis a los supervivientes a la esclavitud?

La princesa de Nahum clavó en las de Miguel Ángel sus doradas y sorprendidas pupilas. Entreabrió los labios para articular algunos sonidos, cada uno de los cuales era el arranque de una frase que no llegó a pronunciar. Finalmente, la muchacha logró sustraerse a su turbación y murmuró:

—¿Quieres decir que si los Hados dispusieran que un día entrarais como vencedores en nuestros planetas no procederíais a matar a todos los nahumitas?

—¡Cielos, no! —exclamó Miguel Ángel horrorizado—. Nuestra religión nos prohíbe matar. Nosotros no podemos cargar sobre nuestras conciencias más muertes que aquellas que se produzcan en una lucha inevitable y frente a frente. Lejos de arrasar a vuestro

mundo y asesinar en masa a las muchedumbres nahumitas, procederíamos a desarraigar de vosotros esas crueles costumbres de que hacéis gala. Os enseñaríamos a amaros los unos a los otros, a compartir vuestro pan con el hambriento, a dar vuestra ropa al desnudo, a consolar al débil, al enfermo o al desgraciado. Os mostraríamos la auténtica dicha, y luego os dejaríamos en libertad de escoger el camino que quisierais.

—¡No puedo creerlo! —contestó Ambar con pupilas dilatadas de asombro—. Tú me engañas… quieres burlarte de mí.

—Nada de eso, Ambar —repuso pacientemente Miguel Ángel—. Esa es nuestra manera de ser. Si procediéramos como vosotros, ¿qué crees que sería de ti?

—Supongo que si todavía estoy viva y me habéis impedido quitarme la vida se debe a que deseáis hacer de mí un rehén.

—Te equivocas. Y es más; voy a demostrarte la sinceridad de mis palabras. ¿Quieres volver con los tuyos?

—¿Quieres decir que me propones dejarme volver a Noreh? —interrogó Ambar con acento de escándalo.

—Precisamente. Estoy dispuesto a dejarte volver a Noreh con una sola condición. Con la condición de que le lleves a tu padre un mensaje mío.

—¿Qué clase de mensaje?

—Un mensaje de paz y buena voluntad. Le propongo el cese de hostilidades, le suplico que nos devuelva a nuestros hombres y mujeres y le sugiero la conveniencia de permitir un intercambio cultural entre su pueblo y el mío.

La princesa se echó a reír burlonamente.

—¿Crees que mi padre accedería a cambiarme por cincuenta millones de esclavos? —preguntó, casi con indignación.

—Los terrestres que el Gran Tass tiene en su poder no son suyos ni le han costado nada. El precio de cincuenta millones de esclavos a cambio de la libertad de una hija no le parecería excesivo a ningún padre cristiano y, por otra parte, la entrega de esa gente no será a cambio de tu vida. Tú serás puesta en libertad cualquiera que sea la decisión de tu padre.

Ambar miró cautelosamente al caudillo terrícola entornando sus párpados.

—No te entiendo —murmuró—. ¿Tienes miedo a una guerra

contra Nahum, y pretendes recuperar a tus hombres y volver a tu mundo valiéndote de la intriga?

Miguel Ángel se irguió en un gesto de altiva soberbia. Sus oscuras pupilas centellearon agresivas. Sin embargo volvió a su actitud pacientemente y dijo:

—Esto significa solamente que antes de emprender una campaña que puede dejar aniquilados a vuestros planetas, deseo apurar todos los recursos de encontrar una fórmula conciliadora. Nuestra religión preconiza la hermandad entre todos los hombres de todas las razas. Jamás emprendemos una guerra a menos que sea por defender nuestra vida y nuestra cultura. Sólo queremos que nos devolváis a nuestros hermanos y, a ser posible, que nos permitierais predicar nuestra religión en vuestros planetas.

—Si nosotros os permitiéramos eso acabaríais por enseñorearos de todo Nahum, ¿no es cierto? —interrogó Ambar—. Soliviantaríais a nuestras colonias y agruparíais a todos nuestros planetas contra los nahumitas. ¿Cómo puedes ser tan necio que nos creas capaces de fiarnos de vosotros? ¿Y por qué habíamos de devolveros a vuestra gente ni permitir un intercambio de culturas? ¿Qué ganaríamos los nahumitas con esto?

—Escucha, Ambar —dijo Miguel Ángel lentamente—. Nosotros no podemos tolerar la injusticia, se halle ésta donde se halle. Vosotros, los nahumitas, habéis forjado un mundo para vuestro exclusivo regodeo. Siendo originarios de un solo planeta, Noreh, habéis sojuzgado a otros seis en los cuales habitan miles de millones de seres, para quienes la existencia discurre dentro de los angostos cauces que vosotros les habéis marcado, sin esperanza de felicidad, sin perspectivas de libertad… condenados a ser míseros gusanos o atormentadas bestias de tiro. Y eso tiene que terminar. Puesto que vosotros os habéis mantenido aparte, sin mezclar vuestra sangre ni vuestra cultura con la de los pueblos que rigen bajo vuestro cetro, nada os liga a esos planetas esclavos. Los nahumitas deben retirarse de sus colonias, dejar en paz a esa humanidad doliente y regresar a Noreh. A eso, y no a otra cosa me refería, al decir que luego de enseñaros nuestra religión quedaríais en libertad de tomar por el camino que mejor os pareciera. Pero el Imperio de Nahum, aunque te cueste creerlo, empezó a desmembrarse el mismo día que, hace tres años, el autoplaneta llegó a esta galaxia. No importa cuál sea el

resultado de la guerra que os empeñéis en proseguir. Tal vez no rescatemos a esos cincuenta millones de terrestres que tenéis cautivos. Es posible que el autoplaneta *Valera* tenga que emprender el viaje de regreso a la Tierra, saboreando la amargura de una derrota. Pero en las profundidades del espacio nuestros planetas siguen gravitando. Ellos son la cuna de una religión llamada a esparcirse por los rincones más remotos de las galaxias y los mundos-islas. Mañana, o dentro de cinco mil años, los cristianos llegarán de nuevo a Nahum y desmontarán esa máquina egoísta e indigna que habéis creado con el nombre de Imperio de Nahum. Las trompetas de la libertad han sonado en esos mundos para todos los que viven esclavizados… *Valera* regresará.

—¡Bah! —espetó despectivamente Ambar—. Vuestra galaxia, está a enorme distancia de la nuestra. En los dos mil años que tardaríais en regresar a Nahum, nuestro Imperio se habría ensanchado de tal manera que no sólo os infligiríamos una derrota aquí, sino que posiblemente sean nuestras invencibles flotas siderales quienes lleven la guerra a vuestros mundos y os hagan entrar en la Gran Confederación de Nahum. Por otra parte, si os quedáis aquí con vuestro autoplaneta, nosotros os venceremos siempre en una carrera de armamentos. Nahum tiene a su disposición incalculables muchedumbres de esclavos. Nunca podréis vencernos aquí, ni podréis aniquilar nuestros planetas porque las atmósferas de estos mundos no pueden ser desintegradas. *Valera* será tomado por nuestra flota u obligado a huir hacia su mundo de origen.

Miguel Ángel no podía sorprenderse de las palabras de la joven, ya que en las inconscientes declaraciones de ésta se hacía constar el propósito de apoderarse de *Valera*. Este fantástico mundo móvil obsesionaba a los nahumitas. Nunca dejarían de lamentarse de su pérdida, sobre todo después de haberlo tenido en sus manos. Con un vehículo interplanetario del volumen y el poder de *Valera*, los nahumitas serían capaces de unir a todas las razas del orbe a la cadena de sus mundos-colonias.

Las esperanzas de convencer a la princesa eran remotas en Miguel Ángel Aznar. Sólo cabía una posibilidad de alterar la manera de ser de la muchacha, y ésta consistía en hacerle ver la superioridad de la civilización terrestre sobre la primitiva y tosca

cultura nahumita.

—Y ahora ¿qué me contestas, extranjero? —interrogó la princesa de Nahum—. ¿Verdad que desistes en devolverme a Noreh llevando tu absurda proposición de tregua?

—¡Oh, no! —protestó Miguel Ángel arrancándose de su abstracción—. Serás devuelta al seno de tu pueblo… pero no ahora. Antes quiero que te persuadas por ti misma de la sinceridad con que nosotros hacemos nuestras promesas. Aunque os habéis llevado a la mayor parte de nuestra tripulación de este orbimotor, me consta que, en vuestra soberbia, ni siquiera os habéis dignado interesaros por su civilización. Verás por tus propios ojos cómo viven los hijos de la Tierra. Esto no te hará ningún daño. Sé que los nahumitas no atribuís ningún valor a lo que nosotros llamamos «promesa». Sin embargo, voy a correr el riesgo contigo. Dame tu palabra de que no intentarás suicidarte ni agredirás a ningún terrícola y haré que te quiten esas esposas permitiéndote ir de un lado a otro a tu antojo.

Las doradas pupilas de la princesa de Nahum se dilataban de estupefacción al preguntar:

—¿De veras me dejarás en libertad simplemente con que yo te dé mi palabra de no intentar suicidarme ni agredirte a ti ni a los tuyos?

—Eso he dicho. Y la palabra nuestra es ley.

La princesa de Nahum inspeccionó atentamente al caudillo terrícola. Finalmente murmuró:

—Bien. Te doy mi palabra.

Miguel Ángel volviéndose hacia la puerta, y sabiendo que los policías estaban cerca les llamó. Los hombres entraron apresuradamente.

—Quítenle las esposas a esta joven —les ordenó Miguel Ángel en lengua nahumita.

—¡Pero… señor! ¿No ha tenido bastante con la prueba de antes?

—La princesa de Nahum me ha dado su palabra de no atentar contra su vida ni las nuestras —dijo, siempre en nahumita.

Sin objetar nada más, los policías fueron hasta Ambar y le quitaron las esposas. La muchacha miró sorprendida a los soldados y luego a Miguel Ángel.

—A menos que desees otra cosa —dijo éste— serás huésped de honor de mi casa.

—En Nahum, cuando el jefe de una casa ofrece su hospitalidad, el agasajado ofende en el honor al anfitrión si se niega a aceptarla —repuso la princesa.

—Aquí no es Nahum —dijo Miguel Ángel—. Pero cuando un terrícola hace un ofrecimiento hay que creer en su sinceridad. ¿Tendrás ahora la bondad de acompañarme para que te presente a mi familia?

—Con mucho gusto —aseguró la princesa.

Miguel Ángel le indicó la puerta a la vez que le hacía una leve reverencia. La princesa abandonó el despacho y el caudillo terrícola la siguió bajo la mirada de estupefacción de los dos policías que allí quedaban.

Miguel Ángel ocupaba el mismo departamento que antaño habitaran sus abuelos y su padre. Vivía ahora sólo con su madre, con su hermana Estrella, con el marido de ésta —José Luis Balmer — y la niñita de éstos, que se llamaba Mercedes, como la abuela, y contaba dos años de edad.

Las habitaciones particulares de la familia Aznar se encontraban en el mismo piso que el despacho. Miguel Ángel introdujo a su altiva huésped en el recinto de su hogar paterno. La señora Mercedes salió a recibirles, lanzó una rápida y escrutadora mirada sobre la muchacha y dijo en español:

—Me tenías preocupada, hijo. Estrella me dijo que esta nahumita estuvo cerca de matarte.

—No hubo motivo para tanto, mamá —aseguró Miguel Ángel besando a su juvenil madre. Y al mismo tiempo murmuró en su oído —: Háblame en lengua nahumita. Esta chica es muy suspicaz y orgullosa. Podría ofenderse si hablamos en un idioma que ella no entiende.

Doña Mercedes de Aznar se hizo cargo de la situación:

—¿Quién es esta muchacha tan linda, Miguel Ángel? —preguntó.

La princesa habíase quedado algo atrás, mirando con el ceño fruncido a su alrededor. Miguel Ángel la asió de una mano.

—Te presento a Ambar, princesa de Nahum.

—Bienvenida seas a nuestra casa, hija mía —dijo doña Mercedes sonriendo a la joven—. Procuraremos que te sientas en ella como en la tuya propia.

Merceditas, la hija de José Luis Balmer, avanzó lentamente hasta Ambar y la asió de una mano.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en español.

Ambar no podía entender la pregunta de la niña. Sin embargo, su adusto ceño se desfrunció ante la angelical sonrisa de la pequeña.

CAPÍTULO V

PLANES DE INVASIÓN

UNAS horas más tarde, el Estado Mayor Expedicionario terrícola volvía a reunirse bajo la presidencia de Miguel Ángel Aznar a la vista de los informes obtenidos de los oficiales nahumitas prisioneros.

—Según se desprende de estos informes —dijo el almirante Herrera—, Noreh, la cuna de la raza y la civilización nahumita, es un planeta de proporciones idénticas a las de la Tierra. Aquí, los continentes ocupan las dos terceras partes de la superficie total del planeta. Sobre estos continentes viven, prácticamente amontonados, siete mil millones de nahumitas a los que hay que añadir otros dos mil millones de esclavos al servicio de los nahumitas. Noreh es el planeta más densamente poblado de este sistema solar. Los nahumitas no son amigos de abandonar su propio domicilio para irse a vivir a los otros cuatro planetas que en este sistema solar les ofrecen aceptables condiciones de habitabilidad. La razón es muy sencilla. La obra colonizadora de los nahumitas en Ibajay, en Bagoah, en Ursus y en Naujan no ha ido más allá de levantar unas cuantas ciudades-fortaleza, en las cuales viven, en constante alerta y en eterna alarma, los funcionarios del imperio que ejercen el gobierno sobre aquellas colonias. En estos cuatro planetas las revueltas y los disturbios se suceden sin interrupción. El Imperio de Nahum mantiene sujetos a esos pequeños pueblos utilizando el sistema de sostener una fuerte guarnición de «ibajays» en el planeta Bagoah; una guarnición de «bagoabitas» en el planeta Ursus; legiones «ursitanas» en el planeta Naujan, y, como es lógico, tropas «naujanas» en el planeta Ibajay. Estas legiones extranjeras operan

bajo el mando de oficiales superiores nahumitas y están respaldadas por la Imperial Flota de Nahum. En general, los nahumitas prefieren habitar en su propia patria, y conceptúan como un deber molesto el tener que prestar temporalmente sus servicios en cualquiera de los cuatro planetas designados.

El almirante Herrera se detuvo para volver la hoja de su block de notas, y continuó diciendo:

—Ibajay, Bagoah, Ursus y Naujan son de dimensiones parecidas a las de nuestro planeta Tierra. Pero en los seis restantes planetas de esta galaxia, la vida es todavía más desagradable para los nahumitas. Como saben ustedes, los miembros, el corazón y la composición del terrestre están condicionados al calor y la luz que reciben del Sol, a la composición de la atmósfera que respiran y a la fuerza de gravedad de su mundo de origen. En los seis planetas restantes de Nahum, la temperatura, la composición y presión de la atmósfera y la fuerza de gravedad de sus masas difieren mucho de las de Noreh. El hombre de Noreh o de cualquiera otro de los cuatro planetas semejantes, no puede vivir en estos planetas sin el auxilio de molestos artificios. Ningún prisionero terrícola ha sido llevado a estos mundos. Según se desprende de la declaración de los prisioneros nahumitas, nuestros cincuenta millones de compatriotas se hallan repartidos entre los cinco planetas donde pueden vivir en condiciones normales; cinco millones en el planeta Noreh y de diez a doce millones en cada uno de los planetas siguientes, Ibajay, Bagoah, Ursus y Naujan…

—O lo que es lo mismo —terció aquí Miguel Ángel consultando los papeles que tenía sobre su carpeta—. Los nahumitas han encontrado poco grata la servidumbre de nuestros compatriotas.

—Así parece ser —prosiguió diciendo el almirante Herrera—. El terrícola, acostumbrado a la comodidad y a la libertad, no tolera la esclavitud que le han impuesto los nahumitas. Parece que los han destinado más bien al pesado trabajo de las minas y las plantaciones nahumitas que al servicio doméstico y directo de los notables de Noreh. Esta circunstancia favorece nuestros planes. Si atacamos el planeta Noreh con bombas anticatalizadoras y destruimos toda su vegetación, nos cabe el consuelo de que sólo una pequeña parte de los cautivos terrícolas en poder de los nahumitas sufrirán las penalidades de éstos. Por esta causa, porque sólo hay en Noreh una

mínima parte de nuestros compatriotas, y porque Noreh es el planeta más densamente poblado, considero a este mundo como el más apropiado para ser atacado con nuestras bombas anticatalizadoras.

—Esa es también mi opinión —dijo Miguel Ángel Aznar—. La estructura del Imperio nahumita no es la misma que nosotros hubiéramos adoptado si para nuestra alimentación y vestido tuviéramos que depender de la agricultura y, especialmente, de la agricultura y la industria de las colonias. Parece ser que cada nahumita es como un señor feudal que reside en un palacio de la capital del reino y tiene en provincias los vastos territorios que le proveen de todo lo necesario. En el caso de los nahumitas, sus provincias son los lejanos planetas que rigen bajo el cetro del Gran Tass. Noreh, como eje del Imperio nahumita y residencia del «Señor de los Cielos y los Planetas», es una tierra privilegiada. Allí apenas si hay fábricas, y las plantaciones no bastan para sustentar a sus nueve mil millones de habitantes. El país de las Maravillas tendría mucho que envidiar a esta nación donde las ciudades están formadas casi exclusivamente de palacios. Los nahumitas viven rodeados del lujo y la comodidad más refinada. Todo cuanto nosotros hemos conseguido con nuestro esfuerzo físico y la aportación de nuestras máquinas, lo tienen los nahumitas por el rudimentario sistema de mantener a su servicio una enorme legión de esclavos. Los nahumitas no trabajan. De las prosaicas tareas domésticas se encargan sus criados. Cuentan con una gran flota de transporte, y esta flota acarrea desde los planetas vecinos cuanto necesitan para su alimentación, su vestido, su comodidad o su regodeo… Noreh, en fin, se nos ofrece como un objetivo tentador. Sólo nos separa de él la Imperial Flota de Nahum, y a ésta es a quien hemos de vencer para invadir Noreh. Después de cuanto aquí se ha expuesto, creo que habrán muchos generales y almirantes sobradamente capaces para elaborar el plan que más se ajusta a las circunstancias.

Miguel Ángel Aznar recorrió con la mirada el círculo de rostros vueltos hacia él. Y como viera al almirante Cicerón agitarse inquieto en su silla le dijo:

—Veamos lo que tiene que decirnos al respecto nuestro estimado colega el almirante Cicerón.

Don Alejandro Cicerón saltó de su silla como impulsado por un muelle. Se parecía al alumno aplicado que sólo espera una seña del maestro para soltar de carrerilla la lección:

—El plan de ataque es bien sencillo —aseguró—. Puesto que Noreh es el eje del Imperio nahumita y el planeta se sustenta casi exclusivamente de los envíos que recibe de los demás planetas sojuzgados, lo que procede hacer es atacar a Noreh con bombas «verdes», privándole así de todos sus recursos naturales. Los siete mil millones de nahumitas que habitan en Noreh no podrán sobrevivir mucho tiempo alimentándose exclusivamente de las reservas que puedan tener en sus almacenes… Tendrán que esperar los envíos de sus colonias, pero para esto, su Flota Mercante tiene que volar millones y millones de kilómetros a través del vacío interestelar. Nosotros podemos atacar fácilmente estos convoyes, lo que quiere decir que tendrán que distraer un considerable número de sus buques de guerra para convoyar a los transportes…

—Creo que algo así estábamos pensando todos en este instante —contestó Miguel Ángel desde el extremo opuesto de la larga mesa —. Si convertimos en humo todas las legumbres frescas que se producen en Noreh y si interrumpimos los envíos de trigo y otros cereales básicos procedentes de las colonias nahumitas, la metrópoli se verá primero obligada a apretarse el cinturón… y luego a negociar una paz con nosotros.

Después de las horas de tensión que habían seguido al cauteloso ataque de los nahumitas, los miembros del Estado Mayor sintiéronse extraordinariamente aliviados.

Sin embargo, resultaba evidente que era mucho más fácil hablar del bombardeo «verde» de Noreh que llevarlo a efecto. En ningún otro planeta del sistema de Nahum eran tan robustas las defensas como en aquel donde la cultura nahumita había abierto por primera vez los ojos a la luz del sol. Los nahumitas, como era lógico, no permitirían a la Armada Sideral terrícola aproximarse tanto a Noreh que pudieran dejar caer sobre éste las aniquiladoras bombas anticatalizadoras de la clorofila.

—Me permito llamar la atención de sus excelencias hacia la circunstancia de que nuestras fuerzas están igualadas con las del enemigo —dijo Miguel Ángel—. No importa que la Imperial Flota de Nahum nos supere abrumadoramente en número. Los nahumitas

tienen que proteger y defender a once planetas, mientras que nosotros sólo tenemos que guarnecer el autoplaneta *Valera*. Y aún éste puede bastarse por sí solo para rechazar un ataque enemigo. Si consideramos que los nahumitas tienen que defender a once planetas, resulta que la Imperial Flota de Nahum y la nuestra se encuentran poco más o menos con sus fuerzas equilibradas. Este equilibrio podría romperse a nuestro favor si, en vez de permanecer inactivos en *Valera* hasta que estén listas las bombas anticatalizadoras, nos dedicáramos a efectuar correrías cósmicas que pusieran en peligro a la navegación mercante del enemigo. Podríamos, por ejemplo, dedicarnos al ataque esporádico y sorpresivo de sus líneas de comunicación interplanetaria. Esto forzaría a los nahumitas a convoyar sus navíos de transporte, y para ello tendrían que emplear un fuerte contingente de sus fuerzas siderales.

—Hemos practicado la guerra de corso otras veces —dijo uno de los almirantes— y siempre obtuvimos magníficos resultados. El almirante Aznar acaba de hacer una sugerencia muy feliz. Pequeñas escuadrillas de destructores y cruceros, dotadas de gran velocidad y movimiento, podrían atacar las líneas interplanetarias del enemigo en diversos puntos a la vez, golpear fuerte y desaparecer.

Los almirantes asintieron satisfechos. Las objeciones que se hicieron fueron para aconsejar que también el autoplaneta *Valera* se pusiera en movimiento, visitando regularmente cada uno de los otros cuatro planetas donde habían prisioneros terrícolas para animar a éstos con mensajes luminosos en Morse. Se designó a las flotas 11, 12, 13, 14 y 15 para dedicarlas a la guerra de corso. Estas flotas, sin su acompañamiento habitual de acorazados, se dividirían en escuadrillas de un millar de destructores o cruceros que operarían por su propia cuenta en torno a las líneas de comunicación interplanetaria del enemigo. Siempre que la importancia del objetivo lo aconsejara, estos grupos corsarios se reunirían para atacar en un sólo punto y volverse a dispersar burlando la persecución de la Imperial Flota de Nahum.

Miguel Ángel pidió para sí el mando de una de estas flotas y se distribuyeron las cuatro restantes entre almirantes jóvenes y activos, que no formaban parte del Estado Mayor. La guerra de piratería sideral exigía hombres animosos y robustos, ya que las

escuadrillas no irían tripuladas por personal humano y los comandantes deberían pasar semanas enteras lejos de todo contacto humano, en constante tensión y actividad.

—Zarparemos dentro de doce horas —anunció Miguel Ángel—. No será posible hacerlo antes porque hemos de pintar de negro nuestros buques. Los colores rojo y verde que llevan ahora son muy vistosos, pero nada apropiados para una acción de corso.

La asamblea se disolvió en una atmósfera de optimismo. Miguel Ángel subió a sus habitaciones particulares.

Doña Mercedes de Aznar trasteaba en la cocina mientras Estrella disponía la mesa para la comida. La princesa Ambar, con sus esbeltas piernas cabalgando una encima de la otra, permanecía reclinada en un cómodo diván, junto a uno de los grandes ventanales que daban al exterior, mirando hacia las montañas. Al entrar Miguel Ángel, ella volvió sus doradas pupilas y su bello rostro se iluminó en una sonrisa. Pero la sonrisa sólo llegó a una mueca. La joven echó atrás su áurea melenita en un gesto de orgullo y tornó a mirar al exterior.

—¡Ah! —exclamó Estrella al ver entrar a su hermano—. Siéntate, vamos a comer.

Miguel Ángel miró a hurtadillas a Ambar y entró en la cocina, donde indicó a su madre:

—Mamá, voy a salir dentro de unas horas al frente de una escuadra y estaré ausente por espacio de unas semanas. Quiero que entre tú y Estrella ayudéis a Ambar a comprender nuestra manera de ser. La pobrecita ignora lo que significa el calor de un hogar. Su padre es también padre de muchos hijos y no posee más conciencia que aquella que se pueda esperar de un hombre que al hacerse viejo hace trasladar su cerebro a un cuerpo joven.

—Desde luego, hijo mío —aseguró doña Mercedes—. Déjalo de mi cuenta. No te preocupes por Ambar y cuida de ti. No sé por qué sales al frente de esa escuadra. Tu deber, indudablemente, te obliga a dar ejemplo en todas partes y a correr riesgos. Pero no te extralimites, Miguel Ángel. Cuídate.

—Así lo haré, mamá. Y ahora, ¿qué te parece si empezamos a comer?

Miguel Ángel volvió al comedor al escuchar rumor de pasos y de voces. La princesa Ondina acababa de entrar seguida de José Luis y

se detuvo haciendo un gesto de contrariedad al ver a la princesa de Nahum. Ondina era huésped a perpetuidad de la familia Aznar y hablaba ya con facilidad el castellano.

—¿Qué significa esto? —preguntó a Miguel Ángel señalando a Ambar—. ¿Por qué está aquí esa nahumita?

—Es nuestra invitada, Ondina. Vivirá con nosotros algunas semanas, hasta que regrese a su país.

En este instante, la princesa de Nahum saltaba de su asiento y se erguía ante Miguel Ángel.

—¡Esa mujer es una oceánide! —acusó señalando a Ondina.

—Sí —afirmó Miguel Ángel—. Permíteme presentártela. Es la princesa Ondina, hija del rey de los oceánides, Tritón II. Vive con nosotros en calidad de huésped desde que recuperamos el autoplaneta.

—¿Quieres decir que he de sentarme a la misma mesa que esta miserable mujer-pescado? —gritó Ambar escandalizada.

Ondina, rápida como un relámpago, asió un tenedor de la mesa, lo empuñó como un cuchillo y saltó sobre la nahumita gritando:

—¡Perra nahumita!

Miguel Ángel lanzó una exclamación y se arrojó a su vez sobre la princesa oceánide logrando desviar el certero golpe del tenedor. Las púas de éste, no obstante, dejaron cuatro surcos sangrientos en el cuello de Ambar. Por el impulso que llevaba, Ondina cayó sobre Ambar y la derribó sobre el diván.

—¡Recáspita! —gritó José Luis Balmer corriendo en ayuda de su cuñado, quien se esforzaba en separar a las dos irreconciliables enemigas.

Cuando al fin lograron poner a una lejos de la otra, las dos muchachas se contemplaron con odio. La sangre de las heridas de Ambar empapaba la fina blusa que vestía.

—¡Virgen Santísima! —gritó Estrella corriendo a comprobar la importancia de aquellos rasguños.

Ondina, quien mostraba la sangrante huella de las afiladas uñas de la nahumita en sus mejillas, se apartó con el pecho jadeante de excitación.

—¡Ondina! —le gritó Miguel Ángel rojo de ira—. ¿Qué forma de comportarte es ésta?

—Me ha insultado en el único punto que un oceánide no puede

tolerar —rugió la muchacha—. Si nos vimos obligados a vivir en el fondo del mar fue por culpa de los tiranos nahumitas. ¡Y todavía se burlan de nosotros! ¡Miserables!

—¡Ondina! —volvió a gritar Miguel Ángel—. ¡Te prohíbo que hables así! ¿Cómo te atreves a insultarla dentro de mi casa y ante mi presencia?

Las verdes pupilas de la oceánide se llenaron de lágrimas.

—También yo soy tu huésped —murmuró—. Aunque caída en desgracia, también yo soy una princesa. ¿Por qué en igualdad de condiciones puede insultarme ella y no puedo, en cambio, responderle yo? ¡Di!

Doña Mercedes de Aznar y Estrella habíanse llevado a la princesa de Nahum hacia la cocina para restañarle la sangre. Miguel Ángel depuso inmediatamente su actitud airada.

—Compréndelo, Ondina. No es lo mismo —aseguró—. Aunque viniste a mi casa como huésped, nunca fuiste tratada como tal, sino como un miembro más de la familia. ¿Acaso no te amonesta mi madre como si fueras hija suya? ¿No te peleas con Estrella como si fuerais hermanas? ¿No te disputas con José Luis el cariño de la niña? ¿No te permites insultarme y hacerme víctima de pesadas bromas, según estés a mal o bien conmigo?

Ondina humilló su cabeza apoyando la barbilla sobre el pecho.

—Si todo esto es verdad, ¿por qué reclamas de pronto tu condición de huésped? —interrogó Miguel Ángel dolorido.

—Perdóname —balbuceó la muchacha—. Todo eso es verdad. Yo he llegado a sentirme aquí como en mi propia casa. Tal vez porque me considero en el sagrado recinto de mi propio hogar no pude soportar el insulto de esa… de esa… huésped.

Doña Mercedes y Estrella volvieron a entrar en el comedor llevando entre ambas a la princesa de Nahum.

—No ha sido nada, sólo un rasguño —aseguró doña Mercedes.

Ondina avanzó rápidamente hacia la nahumita. Ésta retrocedió un paso creyendo que iba a ser agredida de nuevo. Pero las intenciones de Ondina eran muy distintas.

—Te suplico que me perdones, princesa —murmuró la oceánide —. Mi conducta ha sido incalificable, sobre todo por ser yo también huésped de esta casa. ¿No quieres que me siente a la misma mesa que tú? No importa. Te libraré de mi humillante presencia yendo a

comer a otra parte.

—¡Eh, alto ahí! —gritó Miguel Ángel—. Tú comerás en mi mesa, como todos los días.

—Entonces seré yo quien no coma en esta mesa —aseguró la princesa de Nahum.

Miguel Ángel frunció el ceño.

—Escucha, Ambar —dijo pacientemente—. Ondina no sólo es un ser humano como tú, sino que es también una princesa y huésped de mi casa.

—Ella procede de Bagoah. Ese planeta es una colonia del Imperio de Nahum. Todos los bagoabitas son siervos de mi padre. ¿Cómo quieres que me siente a tu mesa con una esclava?

—Ondina es una mujer libre —repuso Miguel Ángel hoscamente, poniendo su mano sobre el hombro de la oceánide—. Mas si tú no lo entiendes así, sólo cabe una solución: comerás sola en esta mesa. Los demás comeremos en la cocina con Ondina. Vamos, Estrella. Llevad los cubiertos allá.

Estrella y José Luis empezaron el traslado muy diligentemente, bajo la irritada mirada de la princesa de Nahum. Sólo dejaron en un extremo de la larga mesa —capaz para toda la numerosa familia Aznar de otros tiempos— los platos y cubiertos de una persona, así como alimentos en cantidad más que suficiente.

—Si necesitas algo más pídelo sin reparos —le dijo doña Mercedes—. Nosotros estaremos ahí al lado.

Estrella y José Luis desaparecían en la cocina llevando los últimos platos.

—Tuya es la mesa, Ambar —dijo Miguel Ángel—. Puedes empezar a comer cuando quieras.

Doña Mercedes, Ondina y Miguel Ángel se metieron en la cocina sin volver la cabeza. La princesa de Nahum quedó sola en el monumental y elegante comedor, de pie junto a la enorme mesa. José Luis Balmer, por la rendija de la puerta de la cocina, la vio vacilar mirando codiciosa a los manjares y sin tomar asiento. Finalmente, el apetito venció al orgullo.

—La princesa de Nahum acaba de sentarse a la mesa —anunció José Luis Balmer yendo a ocupar su silla y desplegando la servilleta.

—Lamento que esto haya tenido que ocurrir por mi culpa —se lamentó Ondina.

—¡Bah! —rió José Luis—. Tú eres de casa. Ella, al fin y al cabo, no tiene ningún lazo de conexión con nosotros. ¿Qué piensas hacer de esa muchacha, Miguel Ángel?

—Quiero que viva con nosotros unas cuantas semanas. Luego la devolveré a Noreh con un mensaje personal mío al Emperador Tass. Yo voy a salir dentro de diez horas para efectuar una correría por las proximidades de las rutas comerciales interplanetarias de la Flota Mercante de Nahum. Estaré ausente algún tiempo. Quiero que cuidéis de la princesa Ambar. Si me ocurriera algo recordad que le prometí la libertad.

—¡Oye! —exclamó José Luis—. ¿Vas a salir de correría y no me llevas contigo?

—No. Tú te quedarás esta vez. En cambio Ondina puede venir. Tal vez nos demos una vuelta por Oceán para visitar a Ciudad de Coral y decirle cuatro palabritas a Tritón III.

—¡Oh! —exclamó Ondina transfigurada por la alegría—. ¿Vas a ir a Oceán? ¿De veras?

—Pienso utilizar aquel planeta cubierto por mares como fondeadero secreto de mi escuadrilla. De paso iré a visitar a los oceánides y a invitarles a unirse a nosotros en la cruzada contra Nahum.

—Entonces iré contigo —dijo Ondina. Y mirando hacia el comedor por encima del hombro añadió—: Esto evitará también muchas molestias a la princesa de Nahum y a todos vosotros en general.

Diez horas más tarde, después de haberse despedido brevemente de la princesa Ambar y de su familia, el Superalmirante Aznar se embarcaba a bordo de un crucero recién recubierto de una capa de pintura negra. En su buque, equipado con una emisora transistora para mandar por control remoto el resto de su escuadrilla, sólo iban, aparte de él y de la princesa Ondina, un capitán de navío, tres oficiales subalternos y veinte hombres y mujeres de tripulación.

A la hora prevista, los gigantescos tubos de lanzamiento del autoplaneta empezaron a proyectar al vacío sideral chorros de destructores y cruceros de combate que, agrupándose en escuadrillas de un millar de unidades, se adentraron en el negro y misterioso espacio.

CAPÍTULO VI

GUERRA DE CORSO

POR espacio de siete semanas, Miguel Ángel Aznar estuvo operando con su escuadrilla de cruceros en torno a las rutas comerciales interplanetarias del Imperio de Nahum. Este nuevo sistema de lucha pilló desprevenidos a los nahumitas. A lo largo de las primeras jornadas, la flota pirata terrícola infligió graves pérdidas al enemigo. Los nahumitas, considerándose dueños del espacio, expedían sus aeronaves mercantes sin ninguna escolta, y raras veces formando grupos de más de diez unidades.

Surgiendo inesperadamente de las profundidades del espacio, las escuadrillas terrícolas destruían a estas naves solitarias y se alejaban inmediatamente para reaparecer poco después en puntos muy distantes.

A lo largo de aquellos días, los destructores y cruceros de la Armada Sideral terrícola podía decirse que tiraron al blanco contra los buques de Nahum. Pero los nahumitas reaccionaron en seguida suspendiendo la navegación interplanetaria. Luego, los navíos mercantes volvieron a surcar el espacio convenientemente escoltados por buques de guerra. Las operaciones entraron en su parte más peligrosa. Los buques terrícolas espiaban a los convoyes desde gran distancia, largaban sus torpedos en el momento oportuno y se retiraban. En ocasiones, cuando la flota nahumita se encontraba en inferioridad numérica con la terrestre, ésta atacaba de frente empeñando breves y violentas batallas en las que siempre salían maltrechos los nahumitas.

Los nahumitas tuvieron que reforzar la escolta de sus convoyes y mandar al espacio a otras flotas más numerosas, cuya misión

consistía en buscar a las escuadrillas terrícolas y barrerlas del cielo.

Prosiguiendo su táctica escurridiza, los terrícolas sólo presentaban batalla cuando eran superiores o estaban igualados al menos con los contrarios.

Hasta este momento, la Imperial Flota de Nahum no había tenido ocasión de medir sus fuerzas con la armada que tenía por base al autoplaneta *Valera*. Hoy, sin embargo, la Imperial Flota de Nahum tuvo que abrir los ojos ante la evidencia de la sagacidad y potencia ofensiva de sus despreciados enemigos.

En general, los sistemas de combate de los nahumitas eran toscos y anticuados. Hacía millares de años que la Imperial Flota de Nahum no había tenido enfrente a un antagonista de su talla. Durante muchos siglos, la Imperial Flota de Nahum no tuvo más misión que pasearse orgullosamente de uno a otro extremo del sistema planetario que dominaba y aplastar las rebeliones que se producían en sus colonias. Aunque amante de la violencia y adorador del Dios de la Guerra, el nahumita era indolente por naturaleza. Sus fáciles conquistas le habían endiosado creándole un complejo de superioridad que debía serle fatal.

En contraposición con la Imperial Flota de Nahum, la Armada Sideral terrícola no había dejado de perfeccionarse desde que el primer Aznar la creó allá por el siglo XXIX. La Armada Sideral terrícola había librado primero sangrientas batallas contra la Bestia Gris, a la que derrotó y expulsó del planeta Tierra. En la misma campaña, una importante flota nahumita llegó al sistema planetario de la Tierra con ánimos de aniquilarla. La flota de Nahum logró su propósito y dejó arrasados a la Tierra y a todos los planetas vecinos, pero no sobrevivió a los millones de terrícolas y de venusinos que por su causa hallaron la muerte. La Armada Sideral barrió literalmente del cielo a la Imperial Flota de Nahum. A su regreso a Redención, la Armada Sideral terrícola tuvo que disputar por segunda vez a la Humanidad de Silicio la posesión de aquel planeta.

Este perfeccionamiento continuo de las máquinas de guerra no se interrumpió siquiera en los largos períodos de paz. Los buques de manufactura terrestre se mantenían a la altura de los últimos adelantos de la técnica.

A bordo de su buque, Miguel Ángel sentía crecer su satisfacción y su confianza a la vista de los magníficos triunfos alcanzados en

esta operación. Los nahumitas se veían obligados a distraer una parte considerable de su Flota, no sólo en la escolta de sus buques mercantes, sino también en la protección de sus planetas-colonias. Siempre que veían un hueco en las defensas enemigas, los buques terrícolas se aproximaban a los planetas y les largaban sus bombas atómicas. Los daños causados por estos proyectiles no debían tomarse en cuenta, pero ellos constituían un aviso que los nahumitas no podían desoír.

Al cabo de siete semanas de ininterrumpidas operaciones, el éter estaba cruzado en todas direcciones por las angustiosas llamadas radiotelefónicas de los almirantes nahumitas. Éstos tomaron tan a pecho la tarea de limpiar el cielo de buques terrícolas que Miguel Ángel consideró oportuno retirarse al planeta Oceán. Esta retirada, además, venía a satisfacer las constantes peticiones de la princesa Ondina.

El planeta Oceán era de dimensiones más pequeñas que las del planeta Tierra, pero en él no podían hallarse más tierras que las de algún arrecife de coral. Toda la superficie del planeta estaba cubierta por un único e inmenso océano. Su atmósfera era tan pobre de oxígeno que ni un simple pajarillo podría vivir a expensas de ella, ni reaccionaría bajo una bomba «Doble Uve».

Tres años atrás, al escapar del autoplaneta *Valera*, invadido por los nahumitas, Miguel Ángel Aznar y los ocho mil buques que le seguían vinieron a refugiarse en este planeta. Aquí, bajo las aguas, Miguel Ángel corrió las más sorprendentes aventuras y conoció a Ondina. En los abismos oceánicos estaba la patria de la princesa oceánide. Ésta, como era lógico, deseaba regresar a su ciudad natal, al menos para saber qué había sido de su padre.

Esto, sin embargo, no era tan sencillo. Al salir de Ciudad de Coral, la capital del reino oceánide, Miguel Ángel y Ondina lo hicieron con alguna precipitación. El duque Cloris, primo de Ondina, acababa de destronar a Tritón II y se erigía en rey de Oceán, bajo el nombre de Tritón III. Cabía esperar de Cloris que no recibiera muy amablemente a su prima y al caudillo terrícola.

La suerte favoreció sin embargo a Miguel Ángel y a Ondina. Apenas la flota terrícola se había sumergido en el océano cuando los buques de Miguel Ángel avistaron a un sumergible oceánide que navegaba solo e intentaba escapar. El Superalmirante ordenó a sus

tripulaciones autómatas que cercaran al sumergible. Poco después, un grupo de oceánides eran conducidos a bordo del buque almirante. Con gran sorpresa de Miguel Ángel, uno de ellos era el duque Cloris.

Cloris, a su vez, no parecía menos sorprendido que el terrícola y Ondina.

—¡Caramba… caramba! —exclamó Miguel Ángel—. El mundo es un pañuelo, ¿eh, Cloris?

El oceánide, que por respirar por branquias tenía que llevar la cabeza cubierta con un yelmo para respirar en un buque lleno de aire, hizo una mueca de resignación.

—La Fortuna es decididamente adversa para mí en estos últimos días —murmuró.

Miguel Ángel se echó a reír.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó—. Debieras alegrarte de vernos. O al menos, de ver a tu prima. Tú decías amarla…

Cloris clavó la melancólica mirada de sus ojos en los severos y relampagueantes de su prima.

—Y la amo todavía —confesó—. Sin embargo, después de lo ocurrido entre nosotros, admito que la he perdido para siempre.

—Me pareces muy diferente de la primera vez que nos vimos en Ciudad de Coral —dijo Miguel Ángel, esta vez sin ironía—. ¿De dónde vienes? ¿Hacia dónde te dirigías?

—Han ocurrido muchas cosas desde que huisteis de Ciudad de Coral —aseguró el joven oceánide—. En los primeros momentos mi golpe de Estado fue afortunado. El Consejo de Ministros me apoyaba. Hice encarcelar a mi tío, el padre de Ondina, y me proclamé rey. Pero el pueblo no me quería. A partir de este instante las revueltas se sucedieron. Estallaban en todas las ciudades oceánides y las tropas eran incapaces de contenerlas. Finalmente, hasta las tropas se sublevaron contra mí. Un grupo de generales y almirantes levantaron a la nación y se arrojaron sobre mi Gobierno… Poco más hay que añadir. Yo y los pocos ministros que todavía me eran fieles escapamos de Ciudad de Coral en un sumergible, y desde entonces andamos errantes, sin saber a dónde dirigirnos.

—¿Y mi padre? ¿Qué hiciste de Tritón II? —interrogó Ondina anhelante.

Cloris levantó sus ojos del suelo.

—¡No creerás que lo asesiné! —protestó—. Al fin era hermano de mi padre y me había educado como a un hijo. Aunque disentíamos en muchas cosas yo le quería… y era tu padre. Durante mi borrascoso reinado siempre me animó la esperanza de que el terrestre fracasaría en su intento de reconquistar su autoplaneta y regresarías a Ciudad de Coral.

—¡Pues ya ves como al fin he vuelto! —exclamó Ondina—. Pero no en las condiciones que tú soñabas. Miguel Ángel consiguió reconquistar su orbimotor. Hemos permanecido todo este tiempo lejos de Nahum, reparando averías y preparándonos para el asalto final contra el planeta Noreh. Ahora estamos de regreso con una poderosa Armada Sideral.

Cloris miró a Miguel Ángel entre sorprendido y admirado.

—Tal vez no me creerás si te digo que me alegro de tu triunfo —murmuró.

—¿Por qué no? —contestó Miguel Ángel—. Al fin y al cabo eres un oceánide, y todos los hombres que en esta galaxia aspiran a ser libres debieran alegrarse de mi triunfo, puesto que significa también el triunfo de sus ideales. Hemos vuelto a Oceán, no para humillarte con la evidencia de nuestra victoria, sino a invitarte a que te unas a nosotros en la cruzada contra el Imperio de Nahum.

Tras el yelmo de cristal y el agua que llenaba éste, los grandes ojos de Cloris se dilataron de estupor.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Venías a proponerme una alianza creyéndome todavía rey de Oceán?

—Eso mismo. Y no importa que ya no seas rey de Oceán. Aunque en cierta ocasión me hiciste correr un buen susto, no te guardo rencor por ello. ¿Quieres estrechar mi mano y ser mi amigo y aliado?

Cloris miró estupefacto la mano que el caudillo terrestre le tendía. Súbitamente, lanzando una exclamación de alegría, asió con sus dos manos palmeadas aquella que se le ofrecía y la sacudió estrechándola con fuerza.

—¡Gracias, terrestre! —murmuró ronco de emoción—. Tu magnanimidad me hace sentir como un gusano. Fui un estúpido cuando me ofreciste esta alianza tiempo atrás y yo la desdeñé por conservar mi pequeño y mísero reino. Cuenta con Cloris para lo

sucesivo. A vida o muerte… siempre, seré tu más fiel y leal amigo.

Miguel Ángel golpeó las húmedas y escamosas espaldas del duque. A partir de este instante, Miguel Ángel Aznar contaría con un amigo de lealtad a toda prueba. La princesa Ondina no opuso reparos a perdonar a su primo, y los jóvenes oceánides se reconciliaron bajo la risueña mirada del caudillo terrícola. También los ministros que habían sido fieles a Cloris siguiéndole en la fuga reclamaron para sí el perdón de la princesa y del poderoso aliado de ésta.

Inmediatamente después de esta escena, la escuadra sideral terrícola se puso en marcha hacia Ciudad de Coral. El rey Tritón II salió a recibirles con todos los habitantes de la ciudad. La princesa Ondina, que ahora se veía obligada a vestir una escafandra para moverse en el que había sido su elemento, se abrazó a su padre llorando de alegría. La emoción impedía hablar al majestuoso Tritón II cuando intentaba dar las gracias a Miguel Ángel. Luego fue la cólera quien estranguló sus palabras al ver descender del buque a su sobrino Cloris y los ministros fugitivos.

Miguel Ángel intercedió a favor de Cloris.

—Bueno —refunfuñó Tritón—. Después de todo quiero a este tunante. Ven y dame un abrazo, muchacho.

En el ruidoso ambiente, los ánimos estaban predispuestos al perdón. Los ministros también fueron perdonados. Los terrícolas desfilaron triunfalmente por las calles de la ciudad sumergida y fueron a alojarse en el Palacio Real. Tritón II escuchó extasiado el relato de Miguel Ángel Aznar y de Ondina y se mostró dispuesto a aceptar la invitación del caudillo terrícola. Éste acababa de sugerirle que evacuara las ciudades submarinas y que toda la nación oceánide —un millón largo de personas— se trasladaran al autoplaneta *Valera*.

—¡Pero nosotros no podemos respirar aire! —exclamó Tritón.

—También en *Valera* tenemos grandes lagos —repuso Miguel Ángel sonriendo—. Sobra espacio allí para que habite toda la nación oceánide, al menos hasta que podáis ser adaptados a la respiración pulmonar.

La nación oceánide acogió esta propuesta de evacuación con indescriptible entusiasmo. Se empezaron inmediatamente los preparativos, y una semana más tarde la escuadra sideral salió a la

superficie del océano, se remontó en el espacio y puso rumbo al autoplaneta *Valera*. Los buques iban llenos de agua para que los oceánides pudieran respirar en ella hasta que fueran vertidos en las templadas aguas del Lago Mayor del autoplaneta *Valera*.

En el momento en que su buque almirante penetraba en la esclusa de admisión del autoplaneta, Miguel Ángel Aznar sentía su corazón oprimido por una extraña ansiedad. Pensaba que dentro de unos minutos podría abrazar a su madre y a sus hermanos y sentía una honda emoción, pero ésta no era la sola causa de su regocijo.

Durante aquellas semanas, Miguel Ángel Aznar no dejó de pensar ni un solo instante en la hermosa y altiva princesa de Nahum. En los breves descansos, entre combate y combate, el muchacho gustaba de echarse en su litera y tejer en su imaginación los sueños más fantásticos.

Miguel Ángel hubo de reconocer que se había enamorado de la princesa Ambar, y la misma intensidad de este amor le asustó. Nunca había querido a una mujer como ahora. En otros tiempos, Miguel Ángel tuvo una novia llamada Ángela Balmer, pero el cariño que había profesado a aquella infortunada joven no podía compararse a la pasión que sentía hacia la princesa de Nahum.

En el amor que Miguel Ángel llegó a sentir por Ángela Balmer intervenían varios factores. Juntos corrieron aventuras llenas de peligros y ansiedades, compartiendo amarguras y esperanzas. Se trataron, se conocieron, hubo choque de caracteres y finalmente acuerdo… Pero en el caso presente todo era distinto. Ambar era una princesa, era nahumita, era una enemiga de su pueblo, de su cultura y de su Dios. Sólo había vivido junto a ella unas breves horas. No sabía apenas nada de su carácter, y lo poco que sabía era altamente desagradable. Y sin embargo la quería. La amaba como jamás había amado a Ángela Balmer, con toda la pasión irreflexiva y arrolladora de sus veinticinco años…

El buque almirante entró finalmente en las entrañas del planeta hueco seguido de la escuadrilla sideral. Inmediatamente, los buques fueron a sumergirse en el Lago Mayor para depositar en su fondo a la nación oceánide que transportaban. Miguel Ángel se despidió por televisión del rey Tritón II y de la princesa Ondina, que acompañaba a su padre y a su primo, y ordenó hacer rumbo a la base sideral más próxima a Nuevo Madrid. Allí le esperaban el

almirante Herrera y el almirante Mendizábal.

—Voy a trasladarme a Nuevo Madrid en una falúa —les dijo Miguel Ángel—. Podrían acompañarme y hablaríamos por el camino.

Instantes después, Miguel Ángel Aznar y los dos almirantes volaban en una falúa en dirección a la ciudad.

—¿Hay alguna novedad? —les preguntó el joven.

—Ninguna. Las escuadrillas regresan periódicamente a *Valera* para aprovisionarse de torpedos, cambiar de tripulación y hacerse de nuevo al éter. Nuestro plan se desarrolla con normalidad. Los nahumitas han tenido que retirar gran número de unidades del núcleo de su flota para emplearlas en la escolta de sus transportes. La fabricación de bombas anticatalizadoras entra ahora en la fase de producción en serie. Hemos visitado uno tras otro a los planetas Ursus, Naujan, Ibajay y Bagoah transmitiendo saludos en morse a nuestros compatriotas allí cautivos. La Imperial Flota de Nahum no se acercó por aquí en todas estas semanas.

—Todo marcha bien entonces —dijo Miguel Ángel—. Les hemos destruido o averiado a los nahumitas cerca de un millón de buques. Hemos conseguido distraer sus fuerzas. Sólo falta que estén listas nuestras bombas anticatalizadoras para desencadenar la Guerra Verde… Estoy muy cansado. Con permiso de ustedes voy directo a mi casa para abrazar a la familia.

La falúa se posó en la azotea del Palacio Residencial. El joven caudillo estrechó la mano de los almirantes y saltó a la terraza, viendo cómo la pequeña aeronave se alejaba. Inmediatamente tomó un ascensor que le depositó en breves minutos en el piso donde vivía la familia Aznar.

Al empujar la puerta de su casa, Miguel Ángel sentía el corazón golpearle bruscamente en el pecho. No habiendo avisado su llegada creía dar una sorpresa a su familia. Un hormigueo de alegría le cosquilleaba en las plantas de los pies mientras avanzaba por el pasillo en dirección al comedor.

La verdad era que los muchachos de la Sala de Control, al recibir la comunicación de la escuadrilla que regresaba de su raid, comunicaron la noticia al domicilio particular de Miguel Ángel. Alguien le esperaba, y ésta era la princesa Ambar.

Al asomarse al comedor, Miguel Ángel la vio de pie ante el gran

ventanal que daba sobre la monumental plaza de España. Ella vestía un trajecito casero cuya falda le llegada por las rodillas. Un bonito delantal le cubría la parte delantera del cuerpo y el pecho, y se anudaba con un coquetón lazo a la cintura. La muchacha sostenía en sus brazos a la pequeña Mercedes, la hija de Estrella y José Luis Balmer. La niña y la mujer atisbaban a través de los cristales sin presentir la presencia de Miguel Ángel a sus espaldas. El joven contempló extasiado aquel grupo de patente belleza.

La princesa de Nahum, vestida como una mujercita de su casa y desprovista del aire belicoso que le daba el traje en que Miguel Ángel la conoció, aparecía a los ojos de éste como una muchachita de su propio pueblo.

Fue la niña quien, cansada de su atenta observación, se revolvió en los brazos de Ambar y vio por encima del hombro de ésta a su tío.

—¡Miguel Ángel! —gritó la niña tendiendo sus bracitos.

La princesa de Nahum volvióse con rapidez. Sus pupilas doradas, dilatadas por el asombro, se clavaron en las de Miguel Ángel. Sus mejillas se cubrieron de rubor.

Permanecieron un breve instante contemplándose por encima de la mesa. Súbitamente, Ambar se inclinó para depositar en el suelo a Merceditas. La niña dio vuelta a la mesa y saltó para caer entre los brazos de Miguel Ángel. Mientras besaba a su sobrina, Miguel Ángel fue al encuentro de Ambar. Ésta habíase serenado en el entretanto y recibió al joven con una débil sonrisa.

—Hola, Ambar —saludó él—. Te encuentro muy cambiada. Diríase que no lo has pasado mal mientras yo estaba ausente.

—Tu madre y tus hermanos son gente muy distinguida y simpática. Lamento haberles causado disgustos durante los primeros días de mi estancia aquí, porque ellos no lo merecían.

—¡Ah! —exclamó Miguel Ángel—. Me alegra que lo reconozcas así.

—He tardado bastante en comprenderlo. Sin embargo, me he persuadido de su sinceridad. Lamentaré tener que separarme de ellos para regresar a mi patria.

La frente de Miguel Ángel ensombrecióse al recordar su promesa.

—Así —dijo—, ¿deseas volver con los tuyos?

—Noreh es mi patria, y los nahumitas mi pueblo. Todo sería distinto si nuestras naciones no estuvieran empeñadas en una guerra. Pero así… ya ves. ¿Crees que puedo sentir amor hacia quienes pretenden destruir a mi pueblo?

—Las enseñanzas de mi familia no han sido buenas… o tú no las has entendido, Ambar —dijo Miguel Ángel—. Los terrícolas no deseamos mal alguno para los nahumitas, a pesar del daño que nos han hecho. Sólo queremos disuadiros de vuestro afán de dominio, aconsejaros que concedáis la libertad a vuestras colonias… demostraros que una nación puede ser grande y poderosa sin mantener sojuzgadas a grandes masas humanas…

—Los nahumitas ocupan una posición preeminente y se encuentran muy bien en ella —contestó la princesa Ambar—. No desean cambiarla por ninguna otra.

—Pues tendréis que hacerlo por grado o por fuerza, Ambar —refunfuñó Miguel Ángel ceñudo—. No podemos marcharnos de aquí ni regresar a la Tierra sin dejar liquidado este asunto. Los nahumitas constituís un serio peligro para todas las razas del Universo. Si hoy os dejamos continuar sojuzgando a estos planetas, mañana aspiraréis a unir los planetas cristianos a vuestro Imperio.

—Y si los nahumitas se dejaran convencer y desarmar por vosotros, el Imperio de Nahum pasaría a ser una colonia del Imperio Terrícola —aseguró la princesa de Nahum.

Miguel Ángel Aznar fijó en la muchacha una larga mirada de consternación. Agitó pesimistamente su morena cabeza.

—Decididamente —murmuró—. Los dos meses que has vivido con nosotros no te han enseñado nada. Dices haber reconocido la sinceridad de las palabras de mi madre y mis hermanos, pero desconfías todavía de la sinceridad de las mías. Comprendo ahora que adopté contigo una táctica equivocada. Crees que la deferencia de que aquí has sido objeto se debe únicamente a la circunstancia de que eres una princesa de Nahum. La verdad es que si te escogí a ti entre los demás prisioneros nahumitas se debió a que, por ser hija del Gran Tass, me animaba la esperanza de que a tu regreso a Noreh pudieras referirle las cosas que aquí has visto y oído… Bien, reconozco mi derrota. De todas formas no es probable que el Señor de los Cielos y los Planetas se dejara convencer por tan poca cosa… Volverás a Noreh, princesa.

—¿Cuándo? —preguntó la joven con rapidez.

—Cuando quieras —murmuró Miguel Ángel sintiendo una honda amargura.

—¿Ahora mismo?

Miguel Ángel apretó los labios y aspiró profundamente el aire por las vibrátiles aletas de la nariz Tuvo que hacer un gran esfuerzo para decir:

—Ahora mismo, si tú quieres. Tenemos algunos buques nahumitas de los que quedaron averiados aquí cuando reconquistamos el autoplaneta. Esos buques fueron reparados y están en condiciones de prestar servicio. Te pondré a bordo de él, juntamente con algunos otros nahumitas… y te dejaré partir cuando tú quieras.

La princesa de Nahum miró en torno con pupilas brillantes. Por un momento Miguel Ángel esperó anhelante que ella hubiera cobrado cariño a esta casa y a sus habitantes y prefiriera quedarse en *Valera*… Pero no era así.

—Entonces —dijo Ambar— emprenderé el viaje en seguida.

Miguel Ángel Aznar sintió como si un puñal atravesara su corazón.

* * *

La alegría de su regreso había quedado súbitamente eclipsada por la tristeza que le producía la marcha de la princesa Ambar. Miguel Ángel Aznar desarrolló tal actividad en los preparativos de marcha de la princesa, que más bien parecía tener prisa en desembarazarse de ella.

La realidad era que el muchacho abreviaba los preparativos acuciado por el temor de ser débil a última hora e impedir la marcha de Ambar con algún pretexto o sin él. En aquellos momentos Miguel Ángel lamentaba no ser nahumita. De haberlo sido ni siquiera hubiera necesitado de una excusa para retener junto a sí a la mujer qué amaba. Pero Miguel Ángel Aznar no sólo no era nahumita, sino que luchaba contra la inmoralidad de esta raza. Por lo tanto estaba obligado a cumplir su promesa y permitir la marcha de Ambar.

La familia Aznar acompañó a la princesa hasta la base sideral

más próxima a Nuevo Madrid, adonde Miguel Ángel había hecho llevar el buque nahumita completamente reparado. La señora viuda de Aznar, Estrella y Merceditas besaron llorando a la hermosa joven, José Luis y Miguel Ángel estrecharon su mano. Los terrícolas sentíanse llenos de tristeza. La princesa de Nahum, aunque también parecía embargada por la emoción —cosa extraordinaria en una nahumita— no daba muestras de sentir su marcha. Ella, al fin y al cabo, iba a incorporarse a los suyos. Volvía a su patria y a su hogar. Como siempre había ocurrido, la despedida era más dolorosa para los que quedaban que para la que partía.

Miguel Ángel decidió ser breve:

—Adiós, princesa —dijo cuando estrechaba la mano de la muchacha—. Si lejos de *Valera* reflexionas con calma y comprendes al fin la honradez de los sentimientos que nos guían, intercederás acerca de tu padre el Gran Tass en favor de una paz entre nuestros pueblos. De todas formas, para bien o para mal, volveremos a vernos en Noreh.

—¿Es una amenaza? —preguntó la princesa clavando en las de Miguel Ángel sus doradas y hermosas pupilas.

—No. Es solamente una promesa, —repuso el joven caudillo. Y señalando a la negra y estilizada aeronave nahumita que aguardaba, añadió—: Ve. No aumentemos el dolor de esta despedida con una nueva discusión. Feliz viaje… y hasta la vista.

La princesa de Nahum miró largamente al caudillo de los terrícolas. Por unos instantes pareció que iba a decir algo. Sus hermosos ojos tenían brillo de lágrimas. Súbitamente giró sobre sus talones y echó a correr hacia el buque. Miguel Ángel la vio desaparecer por la escotilla de acceso. La puerta se cerró y la negra aeronave, dejando oír el sordo zumbido de sus motores atómicos, se elevó en el aire y empezó a navegar en busca de la esclusa de salida al espacio.

CAPÍTULO VII

LA GUERRA VERDE

DESPUÉS de la partida de Ámbar, Miguel Ángel Aznar intentó olvidarla en el torbellino de una actividad febril. Redujo sus horas de descanso y aumentó las de trabajo. Cada día visitaba personalmente las factorías donde se fabricaban las bombas anticatalizadoras y los gigantescos talleres donde proseguía a ritmo ininterrumpido la construcción de buques siderales. Estos salían de la cadena de montaje a razón de unos 300 diarios, número que venía a compensar el de las pérdidas diarias de la Armada.

También se interesó por la pronta devolución del pueblo oceánide al mundo gaseoso a que habían pertenecido en sus remotos orígenes. Los cirujanos oceánides, auxiliados por sus colegas de *Valera*, procedieron inmediatamente a operar sobre las branquias de los oceánides transformándolas en pulmones.

El rey Tritón II, dando ejemplo de lo que debería ser un auténtico monarca, se empeñó en ser el último oceánide que abandonara las limpias aguas del Lago Mayor. El Duque Cloris y los ministros del Consejo del Reino imitaron a Tritón y se negaron a ser operados mientras quedara uno solo de sus súbditos en las aguas.

Esto, sin embargo, no quería decir que Tritón, su gobierno ni los oceánides tuvieran que permanecer forzosamente prisioneros del Lago Mayor. Durante las primeras semanas, muy pocos oceánides salían del lago. Pero a medida que la atareada industria valerana pudo atender los pedidos de yelmos de cristal, los oceánides fueron apareciendo por las calles del Nuevo Biarritz, ciudad veraniega que se levantaba a orillas del lago, llegando el día en que esta población vio atestadas sus salas de proyección, sus museos, sus parques y

almacenes por más de 200.000 oceánides provistos de yelmo o sin él.

Entre tanto proseguía la guerra en el espacio. Las escuadrillas «fantasma» de la Armada Sideral patrullaban el espacio en todas direcciones, atacaban los convoyes de buques mercantes y entablaban pequeños y violentos combates con la Imperial Flota de Nahum. Los convoyes nahumitas eran cada vez más escasos y de aquellos que se aventuraban en el espacio muy pocos llegaban a Noreh.

Miguel Ángel expidió a Noreh algunos cruceros de descubierta para que sacaran fotografías del planeta. El diario examen de estas fotografías tomadas desde varios millones de kilómetros de distancia por medio del telescopio, indicaron que los nahumitas estaban roturando grandes extensiones de su planeta metropolitano para convertirlas en cultivos.

—Perfectamente —dijo Miguel Ángel a la vista de aquellos informes—. Los nahumitas han comprendido al fin que no pueden depender exclusivamente de sus colonias en tanto nosotros estemos patrullando el espacio. Han comprendido también que la necesidad de escoltar los convoyes distrae una gran cantidad de sus buques, lo que contribuye a debilitar sus defensas. Por lo tanto se disponen a extraer del suelo de su propio planeta los alimentos vitales y reducir en lo posible la navegación mercante.

—¡Lástima de esfuerzos en vano! —exclamó el almirante Cicerón riendo—. Los nahumitas no llegarán a recoger el fruto de sus cosechas. Sus sembrados se disiparán en humo apenas hayan brotado de la tierra.

Los días continuaron transcurriendo rápidos en *Valera*. Pese a sus esfuerzos por olvidar a la princesa Ambar, Miguel Ángel se levantaba cada día con la vana esperanza de que le aguardaba un radiograma de Noreh invitándole a una conferencia de paz con el Emperador Tass. Naturalmente, el ansiado radiograma no llegó nunca. Y era lógico que fuera así, porque los nahumitas continuaban considerándose los más fuertes y no querían entrar en negociaciones en las que, al menos bajo su punto de vista, nada tenían que ganar y sí mucho que perder.

Entre afanes, nerviosismos y preparativos llegó la fecha prevista para el asalto a Noreh. El Estado Mayor había decidido lanzar una

flota contra el planeta Ursus antes de atacar al planeta Noreh. Se esperaba que la Imperial Flota de Nahum acudiría en auxilio del planeta dejando una fuerza en Noreh. El propósito del Estado Mayor Expedicionario era engañar al enemigo haciéndole creer que se proponía desembarcar en Ursus, para volver de pronto sobre Noreh y pillar por sorpresa a la guarnición.

Una semana antes de lo previsto, las bombas anticatalizadoras de clorofila se hallaban almacenadas en los arsenales de *Valera* en cantidad suficiente para volatizar toda la vegetación de los once planetas de Nahum.

El autoplaneta *Valera*, lanzando fantásticas cantidades de buques siderales al espacio, se precipitó sobre el planeta Ursus. La Imperial Flota de Nahum cayó en la trampa. Los nahumitas creyeron que los terrícolas, dándose cuenta de la inutilidad de atacar a Noreh, se proponían conquistar los planetas-colonia para dejar aislada a la metrópoli.

A muchos millones de kilómetros de distancia de Ursus, el autoplaneta *Valera* y la Armada Sideral tropezaron con una gigantesca concentración de buques de guerra nahumitas. En este momento, diez escuadrillas se dispersaron en varias direcciones para simular un asalto a los otros planetas y fijar en ellos una importante guarnición enemiga.

La Armada Sideral terrícola, mandada por control remoto desde el autoplaneta, salió por primera vez al encuentro del enemigo. Éste había concentrado en torno a Ursus un número de buques igual al de toda la Armada terrícola. Desde la sala de derrota del autoplaneta, Miguel Ángel y sus almirantes vieron como la Imperial Flota de Nahum viraba en redondo y se retiraba hacia el planeta Ursus.

—¡Cómo! —exclamó el vicealmirante Blasón—. ¿Huyen?

—Solamente se retiran —dijo el almirante Herrera—. Los nahumitas están dispuestos a dar la cara a nuestros buques, pero no quieren combatir a la vez con *Valera*. Saben que nuestro autoplaneta no puede aproximarse a Ursus a una distancia menor de seis millones de kilómetros. En este espacio será donde se desarrollará la batalla.

Las palabras del almirante Herrera resultaron proféticas. La Imperial Flota de Nahum, perseguida por la Armada Sideral

terrícola y el autoplaneta *Valera*, se retiró hasta dos millones de kilómetros de distancia del planeta Ursus. Allí viró en redondo y cargó contra los terrícolas al estilo de la vieja caballería. *Valera* había empezado a describir una órbita en torno a Ursus. La Armada Sideral se había separado de él y avanzaba contra la Imperial Flota de Nahum en formación de combate. La más grande batalla sideral de cuantas se habían librado en el Universo hasta entonces empezó ante los ojos de Miguel Ángel Aznar y su Estado Mayor.

Ambas fuerzas siderales se aproximaron la una a la otra llevando por delante una densa barrera de torpedos «robot». Estos torpedos se encontraron aproximadamente a igual distancia entre las dos flotas y entablaron combate.

El Estado Mayor Expedicionario, confiando en la superioridad técnica de los «cerebros» electrónicos que tripulaban sus buques, decidieron llegar al cuerpo a cuerpo con la Imperial Flota de Nahum. De la confusión que se originara a partir del choque de las dos armadas, los buques terrícolas estarían en condiciones de superioridad sobre el enemigo por su mayor precisión y estar controlada desde el autoplaneta.

La Imperial Flota de Nahum no podía rehuir este cuerpo a cuerpo porque se encontraba entre el planeta Ursus y el autoplaneta. Si retrocedía sería para entrar en la atmósfera de Ursus. Los nahumitas se decidieron por aceptar el combate.

En los noventa minutos siguientes, la batalla sideral fue de una violencia y una confusión tremenda. Los buques terrícolas, conducidos por sus pilotos electrónicos, que a su vez obedecían las órdenes dadas de viva voz desde el autoplaneta, dejaron sentir su superioridad técnica desde el primer instante. Ningún cerebro humano hubiera sido capaz de poner orden en aquella confusión ni seguir el desarrollo de la batalla a partir del momento en que las dos fuerzas entraron en contacto. Sin embargo, los cerebros electrónicos no se azaraban ni se confundían ni agitaban en las alternativas de una lucha como la que estaba desarrollándose.

Los cerebros electrónicos funcionaban con la fría precisión de una máquina de jugar al ajedrez. Aquí, todas las jugadas estaban previstas de antemano. Y los mejores jugadores eran los cerebros electrónicos terrícolas. Los pilotos mecánicos de Miguel Ángel sabían esquivar los torpedos enemigos mejor que los nahumitas. A

su vez, los torpedos lanzados por los buques terrícolas eran más rápidos y más certeros que los de la Imperial Flota de Nahum.

Al cabo de aquella hora y media de combate, los radiotelegrafistas de la sala de control del autoplaneta interfirieron un mensaje cifrado nahumita. En él, el almirante que mandaba la Imperial Flota de Nahum pedía auxilio a las fuerzas de reserva que estaban en Noreh.

—¡Magnífico! —exclamó el almirante Herrera. E inclinándose sobre el micrófono ordenó a la sala de control—: No pierdan el contacto con la fuerza destacada cerca de Noreh. Queremos saber la importancia de la fuerza que venga en auxilio de Ursus.

La batalla prosiguió con furia apocalíptica. Al cabo de dos horas los nahumitas habían perdido más de dos millones de buques, frente a sólo ochocientos mil de los terrícolas. A partir de este instante la batalla decayó porque siempre habían gran número de buques yendo del campo de batalla al planeta Ursus o al autoplaneta para aprovisionarse de torpedos.

Miguel Ángel y sus almirantes comieron en la misma cámara de derrota, sin apartar sus ojos de las lisas paredes de la esfera en cuyo interior se hallaban. Lentamente, la Armada Sideral iba sacando ventaja a la Imperial Flota de Nahum. Hasta entonces no se había visto ni uno solo de los buques de guerra que los nahumitas habían construido en número de cinco millones en los últimos tres años, copiándolos de los apresados a *Valera*. Miguel Ángel suponía, con razón, que los nahumitas reservaban estos magníficos buques para la defensa de su planeta metropolitano. Esta creencia quedó confirmada, cuando algunas horas después el destacamento de observación anunció que una flota sideral de 4.000.000 de buques de modelo idéntico al terrícola habían sido vistos navegando rumbo a Ursus.

—Esperaremos unas horas más aquí —dijo Miguel Ángel—. En tanto llegan los refuerzos nahumitas podemos acabar de destrozar a la guarnición de Ursus.

Cinco horas más tarde, la superioridad de la Armada Sideral de los terrícolas era neta. Sólo dos millones de buques nahumitas combatían frente a los 4.500.000 que sumaban los buques terrestres.

—Esta sería una magnífica ocasión para bombardear a Ursus —

dijo el almirante Mendizábal.

—No utilizaremos las bombas anticatalizadoras contra estos planetas a menos que sea absolutamente necesario —contestó Miguel Ángel—. Recuerden que en cada uno de estos planetas hay diez millones de compatriotas nuestros y que ellos serían los primeros en sufrir los rigores del hambre. Los planetas-colonias caerán sin lucha una vez hayamos aniquilado el planeta-metrópoli. Sería lamentable que hundiéramos a los desgraciados habitantes de estos planetas en el hambre y la desesperación sin necesidad imperiosa de ello. Es fácil destruir la vegetación de un mundo, pero para restaurarla se necesitan siglos. Y además, aún vencedores, nosotros no podríamos correr en auxilio de estos desdichados con toda la prisa que ellos necesitarían.

En este instante, desde la sala de control anunciaron la proximidad de la Flota nahumita que llegaba en auxilio del vapuleado destacamento de Ursus. Este era el momento esperado por Miguel Ángel. El joven empuñó con mano crispada el micrófono y ordenó:

—¡Atención, todas las fuerzas siderales de la Armada Valerana! ¡Sigan al autoplaneta! ¡Atención, cámara de derrota a sala de máquinas! ¡Pongan los reactores a la máxima potencia! ¡Sala de control! ¡Arrumben a Noreh!

Inmediatamente después de recibir esta orden, la Armada Sideral abandonó el campo de batalla. Había empezado la competición de velocidad entre la Armada Sideral terrícola y la Imperial Flota de Nahum. La meta era el planeta Noreh.

El orbimotor, con sus reactores atómicos a la máxima potencia, aceleraba constantemente mientras surcaba el espacio en dirección a la Flota nahumita que venía en sentido contrario.

Los destrozados restos del destacamento del planeta Ursus se quedaron atrás. La Flota nahumita que llegaba para reforzar a Ursus vio venir a su encuentro el gigante y se aprestó a virar, no tanto para salir de su trayectoria como para ponerse a volar en su persecución. Sólo existía un inconveniente: aquella flota llevaba muchas horas de continua aceleración. Ahora, para detenerse necesitaba casi tanto tiempo como había empleado para alcanzar la velocidad que llevaba. Este frenado no podía efectuarse antes de que *Valera* rebasara a los nahumitas. A éstos no les quedaba más

recurso que virar, pero para ello tenían que describir una curva de varias decenas de miles de kilómetros y perder mucha de su velocidad.

La Imperial Flota de Nahum que llegaba desde Noreh se dispuso en efecto a virar. Para ello se alejó de la ruta del autoplaneta y desapareció en las profundidades del espacio.

—¡Muy bien! —dijo el almirante Cicerón con una risita de conejo—. Cuando acaben su viraje y se lancen en nuestra persecución les llevaremos una ventaja de varios millones de kilómetros. Llegaremos a Noreh antes que ellos.

La carrera sideral prosiguió durante muchas horas. El planeta Noreh, que al principio era visible como una pequeña estrella, aumentaba rápidamente de tamaño ante los ojos fatigados del Estado Mayor terrícola. *Valera* se encontraba todavía muy lejos de Noreh cuando detuvo los reactores atómicos y empezó a frenar el tremendo impulso que llevaba. Entonces la Armada Sideral, que había venido haciendo de cola de *Valera*, pasó delante de éste y le fue ganando ventaja según se acercaba al planeta Noreh.

En Noreh quedaba una guarnición de dos millones de buques de combate, en su mayor parte acorazados de modelo idéntico al terrestre.

En pos del autoplaneta, con hora y media de retraso, llegaba el destacamento nahumita que saliera de Noreh para auxiliar a Ursus.

—Tenemos una hora de tiempo para arrollar a la guarnición de Noreh y bombardear el planeta antes de que lleguen los refuerzos enemigos que nos vienen a la zaga —dijo Miguel Ángel. Y volviéndose hacia el almirante Herrera agregó—: ¿Cree que nos bastará?

—¡Oh, desde luego! —aseguró Herrera. Y empuñando el micrófono empezó a disparar secas y rápidas órdenes.

La Armada Sideral Expedicionaria estaba entonces en la proporción de dos a uno sobre la Imperial Flota de Nahum. Forzosamente había de vencer la primera.

En una formación de cuña, los buques de guerra terrícolas descendieron sobre Noreh y entablaron combate con los nahumitas. Esta vez, los almirantes de *Valera* no permitieron que sus navíos llegaran al cuerpo a cuerpo con el enemigo. Todo lo contrario; se mantuvieron a una distancia prudencial para hacer valer su

supremacía numérica. Desde larga distancia, los cuatro millones de navíos cósmicos lanzaron densas andanadas de torpedos. Estos eran siempre doble en número a los máximos que podía lanzar la Imperial Flota de Nahum, barrían literalmente a los torpedos que les salían al paso y caían en forma de lluvia mortal sobre los navíos nahumitas.

Los nahumitas lanzaron al combate sus autoplanetas. Éstos eran grandes esferas metálicas rodeadas de un anillo que les daba notoria semejanza con el planeta Saturno del sistema planetario del que formaba parte la Tierra. Estos gigantescos globos se desmontaban en tres piezas cada uno: dos medias esferas y el disco central que también operaba por su cuenta.

Con la intervención de los grandes autoplanetas nahumitas las fuerzas se nivelaron ligeramente. Pero los autoplanetas no eran buques de asalto, sino fortalezas volantes. La Armada Sideral terrícola, que disfrutaba del privilegio de la movilidad, podía llevar el combate al lugar más conveniente… y así lo hizo.

Dando vueltas en torno al planeta Noreh, como una nube de mosquitos empeñados en extraña danza, la Armada Sideral Expedicionaria y la Imperial Flota de Nahum combatieron furiosamente durante cuarenta minutos. Al cabo de este tiempo, las fuerzas de ataque terrícolas habían abierto una tremenda brecha en las filas contrarias. Un millón de buques siderales fueron derribados a los nahumitas. Esto quería decir que cada minuto saltaban despedazados en la hoguera de las explosiones atómicas 25.000 navíos de guerra nahumitas. En igual tiempo, las pérdidas de la Armada Sideral terrícola eran prácticamente nulas. Los torpedos «robot» nahumitas jamás llegaron hasta el flanco o la popa de los buques valeranos. Como quiera que la Armada de Miguel Ángel ponía siempre en el espacio doble número de torpedos que el enemigo, los artefactos nahumitas eran destruidos apenas salían de sus tubos de lanzamiento. A medida que avanzó la lucha y aumentó la proporción de los proyectiles terrícolas sobre los nahumitas, la batalla fue inclinándose más y más rápidamente a favor de los terrestres.

Una lluvia de buques y autoplanetas destrozados caía constantemente sobre el planeta Noreh. Miguel Ángel Aznar, bañado en sudor, empuñó el micrófono.

—¡Atención! ¡Cámara de derrota a sala de control… Pongan en el éter a la fuerza de bombardeo!

Cincuenta mil destructores, llevando las fatídicas bombas anticatalizadoras de la clorofila, empezaron a salir como proyectiles de los tubos de lanzamiento de *Valera* y se dirigieron contra Noreh. Al penetrar en la atmósfera del planeta, las baterías antiaéreas entraron en acción disparando cantidades aterradoras de proyectiles teledirigidos rellenos de explosivos atómicos, que estallaban en las altas capas de la atmósfera. En la lejanía acababa de aparecer la Imperial Flota nahumita.

Los minutos estaban contados. Si aquel refuerzo de más de cinco millones de navíos llegaba antes de que los terrícolas pudieran desencadenar la Guerra Verde, todos los esfuerzos de Miguel Ángel habrían sido inútiles. Los nahumitas repondrían sus pérdidas más rápidamente que *Valera* y no con viejos buques del modelo que utilizaban antes, sino con el nuevo tipo de los terrícolas. El autoplaneta *Valera* no podría hacer un nuevo intento y tendría que retirarse hacia la Tierra dejando el Imperio de Nahum intacto y prisioneros de éste a cincuenta millones de valeranos.

En quince minutos de mortal angustia, la fuerza de bombardeo alcanzó la atmósfera de Noreh y dejó caer sus proyectiles entre el incesante crepitar de los torpedos atómicos disparados por las defensas de superficie del planeta-metrópoli. Ni uno solo de los 50.000 buques que tomaron parte en el bombardeo había de regresar. Esto lo daba por descontado el Estado Mayor terrícola y consecuentemente había expedido a la fuerza de ataque por control remoto. Si bien los buques fueron sacrificados, ni una sola vida humana se perdió en la acción.

Las bombas anticatalizadoras de clorofila estallaron a cierta altura sobre el planeta, todas en el intervalo de cinco minutos. Desde la cámara de derrota del autoplaneta, Miguel Ángel vio cómo Noreh se envolvía en un deslumbrante halo de luz.

—¡Lo conseguimos! —chilló el vicealmirante Blasón pegando un brinco de alegría—. ¡Las bombas verdes han alcanzado su objetivo!

—No hay tiempo que perder —dijo roncamente Miguel Ángel—. Hemos de alejarnos de Noreh antes que llegue la flota nahumita.

El almirante Herrera se inclinó sobre la batería de micrófonos y dio la orden de retirada. La Armada Sideral abandonó el campo de

batalla y se acogió al autoplaneta. Éste, poniendo sus monstruosos motores en marcha, abandonó la órbita de Noreh y se alejó con creciente rapidez. Pero antes de que pudiera alejarse demasiado, la Imperial Flota de Nahum llegó sobre él.

La Armada buscó la protección del planetillo. *Valera*, como una clueca enfurecida, se revolvió contra el enemigo y empezó a disparar por todos sus tubos lanzatorpedos a la vez. La refriega duró media hora y en ella perdieron los atacantes gran cantidad de sus mejores buques de guerra. Finalmente, los nahumitas se replegaron para ir a formar una cubierta protectora en torno a su planeta metropolitano.

Grandes nubes se levantaban de la superficie de Noreh. Sus árboles, sus plantas, y hasta la última brizna de hierba habían sido convertidos en humo por las bombas anticatalizadoras de clorofila.

CAPÍTULO VIII

RUMBO A LA TIERRA

El golpe asestado al Imperio de Nahum era mortal. El planeta Noreh había visto disiparse en neblina todas sus plantas verdes y sus habitantes no disponían de instalaciones industriales del estilo de las terrícolas, capaces de fabricar suficientes alimentos para millones de seres, tomando como materias primas la luz y el calor del sol, la humedad del suelo y el carbono del aire.

El nahumita era extremadamente refinado en sus gustos y prefería el sabor y el aspecto de los alimentos naturales a los fabricados por las máquinas. Por otra parte, los nahumitas no habían sentido hasta ahora verdadera necesidad de suplir con las máquinas los productos de la tierra. Su enorme y rico Imperio atendía con creces a todas sus necesidades.

Podía suponerse sin temor a error que los nahumitas se arrepentían ahora sinceramente de haber desdeñado la producción industrial de comestibles. Su situación debía de ser angustiosa y Miguel Ángel, desde la lejanía adonde había llevado al autoplaneta *Valera*, podía imaginar sin esfuerzo las condiciones de vida que regían en el planeta Noreh después de haber sido sometido al bombardeo de los proyectiles anticatalizadores de la clorofila.

Los primeros en perecer habrían sido los herbívoros. En cuanto a los nueve mil millones de almas que habitaban en el planeta, su alimentación tenía que depender en el futuro de las reservas de vituallas que pudieran contener los depósitos. La duración de las reservas de los almacenes no podía ser ilimitada y, a menos que recibieran ayuda desde el exterior, los siete mil millones de nahumitas de Noreh se verían obligadas a evacuar su planeta-

metrópoli.

La situación del Imperio era comprometida en más de un aspecto. Los nahumitas, temiendo las continuas revueltas y los actos de sabotaje que incesantemente se producían en sus dominios, tenían en Noreh el 90 por 100 de su industria, que estaba alimentada por la aportación de los dominios en materias primas y obreros. Los nahumitas podían evacuar Noreh porque contaban con buques siderales en bastante número para ello. Pero no podían llevarse también sus gigantescas fábricas.

Les quedaba el recurso de traer provisiones desde sus planetas. Pero para ello debían contar con el permiso de la Armada terrícola, que bloqueaba su planeta. Y el Estado Mayor Expedicionario estaba dispuesto a no dejar entrar en Noreh ni un grano de alpiste. Después del bombardeo «verde», *Valera* había vuelto a aproximarse a Noreh y describía una órbita en torno a él. Su Armada bloqueaba a Noreh. Los nahumitas podían salir reuniendo todos sus buques y abriéndose paso a la fuerza entre las líneas terrícolas. Pero no podían librar una batalla por cada convoy cargado de cereales que llegara procedente de los dominios.

—No tenemos más que esperar —dijo Miguel Ángel Aznar a su Estado Mayor—. Esperar e impedir que los habitantes de Noreh reciban provisiones del exterior. Cuando el hambre les atormente, Noreh caerá en nuestras manos como una fruta madura.

Los terrestres, ciñéndose a su plan de operaciones, limitáronse a sostener el bloqueo de Noreh. Desde tan corta distancia, Miguel Ángel Aznar, con el auxilio de los poderosos telescopios electrónicos de *Valera*, podía ver cada día al planeta Noreh en sus menores detalles. Las imágenes eran tan considerablemente aumentadas por aquellos aparatos que el joven no sólo podía ver la torturada superficie del planeta, sino incluso las carreteras y los automóviles que circulaban por ellas. De haber sido Kindal una ciudad construida en la superficie del planeta, Miguel Ángel hubiera podido ver a vista de pájaro sus edificios, sus calles y también a los peatones que se movieran por las aceras.

Sin embargo, Kindal era —como las terrestres— una ciudad de proyección invertida. Sus «rascasuelos», en vez de levantarse hacia arriba, se hundían profundamente en las entrañas del planeta. Una formidable coraza de cemento, de granito y de otras materias

sólidas y no desintegrables la protegía por encima de cualquier bombardeo atómico. Kindal, la capital del imperio, había tenido antes en su superficie enormes y bellos jardines que trazaban amplias avenidas. Nada quedaba de estos jardines, aunque todavía podían verse con toda claridad las huellas de su trazado.

Kindal era el objetivo predilecto de Miguel Ángel. El muchacho suponía que Ambar estaba allí y se preguntaba emocionado si alguna de aquellas diminutas figuras humanas que veía moverse no sería su adorada princesa. El poderoso objetivo del telescopio le daba una engañosa sensación de proximidad. Miguel Ángel creía hallarse volando sobre la ciudad imperial y en los transportes de su imaginación incluso creía estar respirando el mismo aire que respiraba su amada.

Los románticos sueños de Miguel Ángel tenían siempre un súbito y triste despertar, porque bastaba retirar los ojos del objetivo del telescopio para encontrarse a varios millones de kilómetros de distancia, lejos de la mujer amada que solamente la imaginación y el telescopio tenían el poder de aproximar.

Pero los gigantescos telescopios de *Valera* servían para algo más que para que Miguel Ángel Aznar pudiera espiar a Kindal. Gracias a ellos, los oficiales del Servicio de Información podían ver perfectamente las luces de las poblaciones de Noreh en aquel hemisferio donde reinaba la noche. Lanzando señales luminosas, el autoplaneta había pedido a los terrícolas prisioneros de Nahum que remitieran informes sobre la situación de Noreh. Los cautivos terrícolas, con la complicidad de sus guardianes y otros esclavos de los nahumitas, consiguieron buen número de linternas. Con éstas y durante la noche, los cautivos lanzaban muchos mensajes telegráficos luminosos en morse, que eran captados por los objetivos de los telescopios y debidamente interpretados por el Servicio de Información.

Cada mañana, Miguel Ángel hallaba sobre la carpeta de su despacho un «digest» o resumen de las principales noticias recibidas por el sistema de señales luminosas. Así, el joven caudillo terrícola pudo seguir en las semanas siguientes la marcha de los acontecimientos que se producían en Noreh. Allí, toda la vegetación había desaparecido sin dejar rastro. Al día siguiente de producirse la catástrofe, los nahumitas dejaron de dar alimento a sus dos

millones de esclavos. Adivinaban, y no se equivocaban, que la escasez de alimentos se agravaría en los siguientes días.

Los esclavos se dedicaron a la búsqueda de lombrices, caracoles, ratones y otros bichos que habían sobrevivido a la desaparición de las plantas. Los demás animales de Noreh fueron sacrificados por orden del Emperador y sus carnes saladas y congeladas para su ulterior uso. Cuando los bichos que repugnaban a los nahumitas fueron exterminados por los esclavos, éstos tuvieron que comer cosas tales como papel, cueros reblandecidos con agua caliente, grasas animales y aceites minerales que podían requisar y que la mayoría de las veces eran nocivos para el organismo.

Pronto los nahumitas imitaron a los esclavos, disputándose con éstos los alimentos más extraños y abyectos. Como era de esperar, la nobleza nahumita, agrupada en torno al Emperador, era la mejor librada de aquellas crisis de hambre. El Emperador no sólo había mandado decomisar todas las existencias de los almacenes, sino que ejercía también un severo control sobre la pesca y la extracción de algas del mar. Pero la nobleza no era todo Nahum. Aunque hubiera mil millones de nobles y de altos jefes de la Flota y el Ejército Imperial, seis mil millones de nahumitas a quienes no alcanzaba el favoritismo del Emperador se veían obligados a mascar cuero y otras materias diversas.

Estos seis mil millones de nahumitas hacían prevalecer su superioridad sobre los dos mil millones de esclavos oriundos de otros planetas. De esta mañera, y de abajo arriba, los que más sufrían los rigores del hambre eran los cautivos terrícolas; luego los esclavos de Nahum; en tercer lugar la población nahumita, y luego los oficiales del Ejército y la Flota, en orden de categoría hasta la nobleza. El hambre debía detenerse a las puertas del Palacio Imperial. El Gran Tass, «Señor de los Cielos y los Planetas», era seguramente el único que no pasaba hambre en Noreh.

Miguel Ángel Aznar sabía todo esto por los informes diarios que le llegaban desde Noreh. Sabía que los esclavos contemplaban con ojos amenazadores a sus dueños, que el pueblo de Nahum murmuraba y gruñía contra los nobles, y que los nobles y los altos jefes de las Fuerzas Armadas imperiales despertaban bruscamente a la realidad de la trágica situación del Imperio y recontaban con los dedos de una mano las escasas probabilidades de victoria que les

quedaban. El fermento de la revolución se agitaba y reproducía velozmente en las bajas esferas de la sociedad nahumita, y la levadura estaba constituida por los cautivos terrícolas. Éstos hacían propaganda a favor de la causa de los suyos. Aseguraban que el caudillo de su pueblo, Miguel Ángel Aznar, podía convertir igualmente en humo la vegetación de todos los planetas de aquel sistema solar, que la industria valerana era la única capaz de salvar a los habitantes de Noreh gracias a sus máquinas que podían fabricar rápidamente fabulosas cantidades de alimentos.

La nación nahumita, reprimida por la propaganda y las amenazas del Emperador, conteníase, pero no estaba lejos el día en que considerarían como una bendición del cielo que los terrícolas invadieran su planeta metropolitano.

Los días, que transcurrían lentos para Miguel Ángel, se alargaban en el planeta Noreh. La situación no se había alterado. La Armada Sideral terrícola patrullaba el espacio en torno a Noreh y destruía las aeronaves que intentaban burlar su bloqueo.

La Imperial Flota de Nahum era todavía poderosa, superior en número a la terrícola. Pero tenía que repartirse las siguientes tareas: impedir que los terrícolas desembarcaran en Noreh; escoltar a los convoyes que intentaban aprovisionar a Noreh o suplir en esta tarea a la Flota Mercante; proteger a los planetas-colonia contra las bombas «verdes» de los terrícolas y, por último, librar incesantes combates contra la Armada Sideral valerana.

En oposición a las múltiples tareas de la Imperial Flota de Nahum, la Armada Sideral sólo tenía que cubrir un objetivo: impedir que los nahumitas entraran o salieran de Noreh.

De una forma u otra, los nueve mil millones de nahumitas que vivían en Noreh consiguieron sobrevivir a los primeros meses del bloqueo terrícola. Miguel Ángel Aznar tenía clavados en el alma a aquellos cinco millones de sus compatriotas que en el planeta Noreh desfallecían de hambre con los ojos puestos en el autoplaneta *Valera*, sostenidos solamente por la esperanza de vivir todavía cuando el ejército de invasión terrícola desembarcara sobre Noreh.

—«Si esto se prolonga una semana más» —decían los cautivos en sus mensajes— «tendremos que comernos unos a otros o lanzarnos sobre los nahumitas y morir matando».

—«Se rumorea que el Emperador ha escapado de Noreh hacia

uno de los planetas vecinos a bordo de un buque sideral» —decía otro mensaje.

—«El pueblo empieza a mostrarse irritado».

En los siguientes días, Miguel Ángel encontró sobre su mesa-escritorio noticias crecientemente alarmantes.

—«Hoy, los habitantes de varias ciudades se manifestaron en protesta contra la Imperial Flota».

—«Hoy, una turba de nahumitas hambrientos asaltó los almacenes de la Intendencia Imperial. Las tropas cargaron sobre los asaltantes e hicieron una carnicería. Un oficial dijo: ¿No queríais comida? Pues ahí tenéis carne de perro. ¡Hartaos!».

—«De resultas de los sucesos de ayer, hoy hubo una sublevación de algunas unidades del Ejército. La sangre corre por las calles de muchas ciudades nahumitas».

—«Hoy, los habitantes de Kindal se manifestaron ante la residencia del Emperador. El Señor de los Cielos y los Planetas salió al balcón de su palacio para llenar de insultos a sus siervos. El pueblo le silbó. El Señor de los Cielos y los Planetas se retiró, y la Guardia Imperial cargó contra los manifestantes dispersándoles a tiros».

El fruto de la paciencia maduraba. Aquella noche el ligero sueño de Miguel Ángel fue interrumpido por una llamada del almirante Herrera.

—Almirante Aznar: Un crucero sideral nahumita se acerca. La tripulación quiere rendirse.

—Perfectamente —contestó Miguel Ángel—. Acójanles con las precauciones debidas, denles de comer y pulsen su estado de ánimo. Prepárense un informe con sus declaraciones.

Dos horas más tarde, Miguel Ángel tenía en su poder el informe solicitado. Los oficiales nahumitas aseguraban que si su pueblo tuviera la seguridad de no ser tratado con idéntico rigor al que los nahumitas habían empleado para con los valeranos, se rendirían incondicionalmente dentro de las próximas cincuenta horas. La Flota, con su férrea disciplina resquebrajada después de ver pulverizada su moral, estaba dispuesta a rendirse a la Armada Sideral terrícola.

Desgraciadamente, Miguel Ángel no disponía de ningún medio para comunicar con los nahumitas ni invitarles a la rendición. No

había posibilidad material de arrojar octavillas, y en cuanto a los aparatos de radio de Nahum, éstos no podían captar los mensajes radiados desde fuera del planeta debido a la enérgica interferencia de las emisoras imperiales.

La fruta, ya madura, tenía que caer del árbol por su propio peso… y cayó. Pocos días después de haberse entregado el primer buque nahumita, la Imperial Flota de Nahum se desmembraba por completo. Los buques marcharon por millares a entregarse a la Armada Sideral. Sus hambrientas tripulaciones podían hacer esto porque el alma nahumita no estaba educada en los conceptos del honor, la dignidad y el sacrificio del terrícola. Su lealtad al Emperador y al Imperio no estaba garantizada por ningún juramento, ya que ellos no daban valor alguno a las promesas.

Al mismo tiempo, las revueltas y manifestaciones de protesta estallaban en todos los puntos del planeta Noreh. Con la rendición de la mitad de la flota de Nahum, el Ejército Expedicionario Autómata tenía el camino abierto hacia el planeta. Los mensajes que se recibían a bordo del autoplaneta eran tan angustiosos que decidieron al Estado Mayor a precipitar el asalto de Noreh.

El Ejército Autómata, que había permanecido intacto a través de todas las vicisitudes de *Valera* y de la Armada Sideral, se puso en marcha con la fría precisión de una máquina. Mil «discos volantes», que cuando no eran utilizados estaban alojados en unas depresiones en la sólida corteza del planetillo, se pusieron en marcha hacia el planeta nahumita. A su alrededor describían círculos los destructores y cruceros de la Armada Sideral. La fuerza de gigantescos acorazados descendían en formación de combate para abrirles paso entre las fuerzas siderales nahumitas que todavía combatían.

Tomaba parte en el asalto una división oceánide de Tropas Especiales mandada por el duque Cloris, y Miguel Ángel Aznar marchaba con ellos en el mismo «disco volador». Éste medía 15 kilómetros de diámetro y estaba dividido interiormente en cien pisos superpuestos, repletos de esferas de «dedona», tarántulas «robot» y plataformas lanzacohetes. Las esferas, las tarántulas y las plataformas sustituían a las antiguas concepciones de la fuerza acorazada de tanques, a la infantería y a la artillería, aunque funcionaban de manera completamente distinta. La ansiedad por ser

de los primeros en entrar en Noreh y saber qué había sido de la princesa Ambar fue quien indujo a Miguel Ángel a participar personalmente en la invasión. Ésta, aunque facilitada por la desmoralización de las fuerzas armadas nahumitas y su estado de debilidad física, ofrecía todavía sus riesgos.

Las fuerzas armadas de Nahum carecían de moral y tenían una tortuosa concepción del honor. Pero la tradicional sumisión al Emperador y el temor a éste suplían a la voluntad de luchar por causas más sublimes. Además, los nahumitas temían la venganza de los terrícolas.

La fuerza de acorazados penetró como un ariete en las formaciones enemigas y abrió una enorme brecha por donde se lanzaron los «discos volantes» protegidos por la fuerza de destructores y cruceros. Al tocar en las capas superiores de la atmósfera, las baterías antiaéreas emplazadas en la superficie de Noreh abrieron el fuego de una manera esporádica y desigual. Ocurría que los cautivos terrícolas, aliados a los esclavos de otros planetas de Nahum, estaban asaltando aquellas baterías para facilitar el desembarco de los terrícolas.

Al sonar a bordo del «disco volante» el claxon de aviso, Miguel Ángel Aznar se caló la sólida escafandra de cristal que se ajustaba herméticamente a su vítrea armadura de color azul. Las Fuerzas Especiales iban equipadas con «back». Éstos eran a modo de mochilas que daban a los soldados la facultad de flotar en el aire y moverse en cualquier dirección a 1.000 kilómetros por hora.

—¡Mira! —dijo el duque Cloris, que estaba junto a Miguel Ángel.

El terrícola miró hacia la pantalla televisora que le señalaba el noble oceánide, igualmente protegido por una coraza de cristal. Vio cómo los gigantescos «discos voladores» empezaban a lanzar al espacio su cargamento de esferas, de tarántulas y de plataformas lanzacohetes. Todas estas máquinas estaban construidas de «dedona» y poseían por lo tanto, la facultad de flotar en el espacio a menor o mayor altura del suelo según la corriente eléctrica que pasaba a través de sus apretadas moléculas. Vistas de lejos parecían descender hacia tierra suspendidas por invisibles hilos.

Las fuerzas de desembarco, mandadas por control remoto, descendieron entre el crepitar de los proyectiles atómicos y se

posaron en tierra.

—No desembarcaremos hasta que los blindados hayan hecho callar a las baterías antiaéreas —anunció Miguel Ángel—. Una explosión atómica causa poco daño en nuestras máquinas, pero sería fatal para nosotros, sobre todo si estallaba entre nuestra formación.

Los blindados y la infantería electrónica, formando un cinturón de acero, avanzaron hacia la ciudad imperial envueltas en nubes de humo y de polvo. La resistencia no existió prácticamente en otras ciudades de Noreh, pero sí en Kindal, por ser ésta la sede del Emperador y de la crema de la nobleza nahumita. Estos sabían positivamente que su época de grandeza caducaba con la invasión de los terrícolas. Pistola en mano obligaban a los desfallecidos soldados a continuar luchando cuando ya las siniestras tarántulas «robot» de los terrícolas estaban a las mismas puertas de Kindal barriendo literalmente cuanto hallaban al paso con sus cañones atómicos.

—La misión de la infantería autómata termina en el momento en que cubra la parte superior de la ciudad —indicó Miguel Ángel a Cloris—. Las máquinas difícilmente pueden abrirse paso hasta la ciudad subterránea por los ascensores y las escaleras. Si hay resistencia allí, a nosotros nos corresponde acabar con ella.

Los altavoces del «disco» bramaron:

—¡Atención, fuerza de comandos! ¡Prepárense para desembarcar!

Las tropas oceánides fueron a apelotonarse en torno a las escotillas de gran tamaño que se veían en el piso. Cuando las escotillas se abrieron, los comandos vieron bajo sus pies, a tres mil metros de profundidad, la cubierta superior de la capital subterránea.

—¡Atención, tropas de comandos! ¡Salten! —gritó el altavoz.

Los oceánides saltaron al espacio llevando asidas en una mano la ametralladora atómica, y con la otra puesta sobre los botones de control.

Miguel Ángel y Cloris saltaron al mismo tiempo. Todos los soldados estaban comunicados entre sí y con el comandante por radio. El descenso fue veloz, y sólo al hallarse cerca del suelo dieron los comandos energía a sus «back» para aterrizar suavemente.

—¡Las puertas de la ciudad están abiertas! —gritó alguien por la radio.

Así era. Las puertas de Kindal acababan de ser abiertas desde dentro por los propios nahumitas. Éstos salieron corriendo y gritando en un esfuerzo poderoso de sus organismos debilitados por el hambre. Alzaban los brazos hacia el cielo… intentaban detener a los oceánides para hacerles patente su alegría…

—¡A la ciudad… a la ciudad! —ordenó Cloris por radio.

Los comandos, eludiendo las efusiones de los esclavos, muchos de los cuales eran oriundos de su mismo planeta Bagoah, se vertieron como regueros por los huecos de las amplias escaleras y penetraron en Kindal. En el interior de ésta reinaba una tremenda confusión. Se escuchaban explosiones y tiros. La gente llenaba las calles, corría, caía, gritaba… El Imperio de Nahum se venía abajo con estrépito.

Al llegar a los subterráneos inferiores los comandos se tropezaron con un tremendo alud de gente que intentaba ganar las escaleras. La multitud se apiñaba, se arrollaba y se mataba entre gritos de terror. Miguel Ángel, que descendía con Cloris por el hueco de la escalera, pescó en el aire a un hombre que había sido empujado por el pasamanos.

—¡Habla! ¿Qué ocurre? —le preguntó Miguel Ángel en lengua nahumita, al tiempo que le zarandeaba.

—¡El Emperador se ha vuelto loco! —chilló el hombre con los pelos de punta—. ¡Quiere hacer volar a toda la ciudad!

Miguel Ángel devolvió al nahumita a la gimiente riada que subía en busca de la superficie.

—¿Será verdad? —murmuró, más para sí que para que le oyera nadie.

Pero Cloris le oyó por radio.

—¡Si es verdad y salta la ciudad… nosotros y todos los habitantes de Kindal seremos reducidos a polvo! —exclamó.

—¡Retroceded! —ordenó Miguel Ángel imperiosamente.

—¿Y tú?

—Tengo que seguir adelante… he de buscar a una persona.

—¿A quién?

—A la hija del Emperador… a Ambar —dijo Miguel Ángel roncamente.

—¡Voy contigo!

—¡No! ¡Retrocede… ocúpate de que la división evacúe en seguida la ciudad!

—Iremos contigo —insistió Cloris—. Seguramente habrán todavía nahumitas, especialmente nobles, con ganas de combatir. ¡Adelante, oceánides!

Miguel Ángel no podía perder tiempo en discusiones. Se lanzó como un bólido escaleras abajo, seguido de los comandos oceánides. Al llegar abajo, a una de las grandes avenidas abovedadas, Miguel Ángel volvió a atrapar a otro nahumita.

—¡Suéltame, por piedad! —chilló el hombre—. ¡El Emperador ha enloquecido y va a hacer estallar varias bombas atómicas a la vez!

—¡Espera… dime por dónde se va al palacio imperial!

—¡Por ahí… recto… hay una plaza… está muy cerca! —balbuceó el nahumita. Y de un tirón se liberó de la mano del terrestre y se mezcló con la multitud.

—¡Vamos, por aquí! —gritó Cloris a sus tropas.

Unos doscientos hombres se lanzaron en seguimiento de Cloris y de Miguel Ángel. Los techos de la bóveda eran sobradamente altos para que los comandos pudieran volar por encima de las cabezas de la multitud. Ésta empezó a disminuir, y finalmente sólo se vieron algunos grupos aislados que corrían cuan aprisa les permitían sus escasas fuerzas.

El pavimento de la avenida estaba cubierto de cadáveres aplastados por la tromba en huida. El grupo de comandos llegó a una enormísima plaza, cuya bóveda se perdía en las sombras. Se veían cadáveres por todas partes, automóviles abandonados y prendas de ropa. No se escuchaba más ruido que el rumor de los lejanos gritos de los nahumitas. La fachada del palacio imperial se veía brillantemente iluminada por ocultos focos. Como todos los edificios nahumitas era de una severidad rayana en lo hostil. Todas las ventanas que daban sobre la plaza estaban iluminadas interiormente.

—¡Ahí! —gritó Miguel Ángel señalando al palacio—. ¡Entrad por las ventanas… registrad todas las habitaciones y prended a cuantos halléis dentro! ¡Pero no matéis a nadie!

Los comandos ganaron altura y se lanzaron contra los ventanales

como proyectiles. Miguel Ángel escogió para entrar el hueco central de un gran balcón. Su escafandra golpeó contra los cristales y los echó abajo con estrépito. El muchacho se asió a un pesado cortinaje para frenar su impulso. Cayó rodando por la sala, a medias envuelto en la cortina. Tras él, el duque Cloris entró como una bala de cañón y aterrizó como un aeroplano, arrastrando consigo una mesa y otros muebles. Debió darse un buen porrazo, pero el acolchado interior de su armadura le salvó.

—¡Adelante… no hay tiempo que perder! —gritó Miguel Ángel desembarazándose de la cortina y pasando a una sala contigua.

El palacio imperial, al parecer, estaba desierto. Los recios pasos de los comandos sonaban en los inmensos y fríos salones como en la crujía de una gran catedral. Se escuchaba el golpeteo de las puertas que se abrían y cerraban con violencia. Una mortal angustia clavaba su garra en el corazón de Miguel Ángel. ¿Qué habría sido de la princesa Ambar? ¿Se habría unido a su padre para participar también en el apocalíptico fin de una ciudad que saltaba en pedazos bajo el brutal empuje de formidables explosivos atómicos? ¿Estaría viva? ¿Estaría muerta?

De pronto, al abrir una puerta, Miguel Ángel lanzó un grito ronco:

—¡Ambar!

La princesa de Nahum estaba sentada en un sillón, en mitad de una lujosa alcoba que debía ser la suya propia. Vestía un rico traje de color rojo. Un enorme manto se ceñía a sus hombros y se desplegaba sobre la tupida alfombra. Llevaba una corona sobre las sienes, y empuñaba una especie de cetro que era un dragón metálico de color verde.

—¡Ambar! —repitió Miguel Ángel echando a correr hacia la muchacha.

La princesa levantó sus hermosas pupilas doradas y las clavó en la figura vestida de vidrio que avanzaba hacia ella. Su mirada tenía el errátil brillo de los pensamientos ausentes y lejanos. Parecía mirar a través de los objetos y ver algo que se encontraba mucho más allá. Miguel Ángel llegó hasta ella de un salto y la zarandeó brutalmente por los hombros.

—¡Ambar…, despierta! ¡Soy yo… Miguel Ángel Aznar!

—Miguel Ángel… —murmuró ella mirando a la escafandra azul

con aire estúpido.

Miguel Ángel se arrancó de un tirón la escafandra. Su cabeza morena quedó al descubierto. Su cara, extremadamente pálida, pareció devolver el sentido a la absorta princesa de Nahum.

—¡Tú… tú! —exclamó saltando en pie.

Miguel Ángel la tomó en sus brazos. Ella soltó el cetro y la corona rodó por la alfombra.

—¡Miguel Ángel… Miguel Ángel! —murmuró con el extraño acento nahumita en que pronunciaba el nombre español.

El duque Cloris había entrado en seguimiento del terrícola. En la puerta habíase detenido un grupo de oceánides enfundados en trajes de vidrio. Éstos presenciaron en silencio cómo Miguel Ángel cerraba los labios de la princesa con un beso.

De pronto, ella se desasió de los brazos que la apretaban contra la coraza de cristal. Sus doradas pupilas se agrandaron de terror.

—¡Huye, Miguel Ángel! —gritó—. ¡Mi padre está en el sótano preparando una explosión que hará saltar a todo Kindal!

El terrícola dio un brinco de sobresalto. Le animaba la esperanza de que el terror de la multitud se debiera a un falso rumor.

—¿Es verdad eso? —balbuceó con los cabellos erizados de horror.

—¡Sí… HUYE! ¡El gran Tass se ha vuelto loco… hizo traer algunas bombas de hidrógeno a los sótanos! ¡Ahora está preparando los fulminantes… la ciudad saltará de un momento a otro!

—¡Hay que evitarlo! —gritó Miguel Ángel soltando a la princesa y corriendo hacia la puerta.

El duque Cloris le detuvo.

—¡Deja, nosotros iremos! ¡Toma tú a la muchacha y sal de la ciudad!

—¡No puedo permitirlo! ¡Debo ir yo!

—No te permitiré que vayas solo. Por lo tanto, si hemos de correr el riesgo los dos…, ¿por qué no me dejas ir solo? ¡Vamos, oceánides! —gritó Cloris echando a correr.

Los comandos oceánides salieron en seguimiento de su jefe. Miguel Ángel quedó un momento inmóvil. Luego volvióse hacia Ambar y la asió de uno de sus desnudos brazos.

—¡Vamos, Ambar!

La muchacha asió la muñeca masculina cubierta de vidrio y se

resistió a andar.

—No, Miguel Ángel —dijo—. Debo quedarme aquí. Soy la última princesa de Nahum… mis hermanos murieron combatiendo contra la Armada terrícola… El Imperio de Nahum cae y yo debo caer con él.

—¡Estás loca! —chilló Miguel Ángel—. ¡Sería estúpido que murieras cuando nada te obliga a ello! ¡No puedo permitirlo. Yo te amo, Ambar… te necesito!

—También yo te amo, Miguel Ángel. ¡Ah, si lo hubiera comprendido cuando estaba en tu orbimotor! Pero sólo descubrí mi amor cuando me vi lejos de ti… sin esperanzas de volverte a ver.

—Bien, ya me tienes a tu lado, Ambar. ¿Qué importa si hemos perdido estas semanas? ¡Ven conmigo! Todavía es tiempo… podemos ser felices…

—¡Pero es que la ciudad va a estallar!

—Por eso mismo… ¡Vamos. No debemos perder la esperanza en tanto nos quede un segundo de vida! —gritó Miguel Ángel.

De un zarpazo arrancó el manto de los hombros de la princesa. Luego la asió de un brazo y la sacó de la habitación.

—¡Por aquí! —indicó Ambar—. El palacio tiene una salida excusada hasta la superficie… donde estaban antes los jardines imperiales.

—¡Pues adelante!

Al cruzar los enormes y solitarios salones iban encontrándose con algunos grupos de comandos. Miguel Ángel les llamó para que fueran con él. La princesa les guió hasta un ascensor interiormente acolchado, capaz para unas veinte personas. En el momento en que cerraban las puertas se escuchaba muy apagado el restallar de unas secas detonaciones. Eran los comandos del valiente duque Cloris.

El ascensor subía con no mucha rapidez. Miguel Ángel sentía su corazón paralizado de angustia. Esperaba verse saltar en el aire de un momento a otro. Se preguntaba qué estaría haciendo Cloris en aquellos instantes. ¿Habría encontrado al Emperador loco? ¿Llegaría a tiempo para detener la explosión?

El ascensor se detuvo bruscamente. Las puertas se abrieron y entró un alegre rayo de sol. La princesa, el terrícola y los oceánides salieron apresuradamente. Vieron a la gente correr a la desbandada. Los gigantescos «discos volantes» de la Armada Sideral terrícola que

estaban sobre Kindal también se alejaban.

—¡Ayúdame, muchacho! —gritó Miguel Ángel a un oceánide—. ¡Levantaremos a la princesa entre los dos!

El oceánide asió a Ambar por un brazo mientras Miguel Ángel lo hacía del otro. Dando toda la potencia a su «back», el terrícola sintió cómo sus pies se separaban del suelo. Se elevaron con desesperante lentitud. Miguel Ángel no llevaba escafandra, y Ambar ni siquiera coraza. No podían subir a gran altura sin adecuada protección.

—¡A la derecha! —gritó Miguel Ángel.

El grupo dio marcha a sus eyectores atómicos. Éstos, lanzando chorros de partículas ionizadas, les impulsaron por la espalda a gran velocidad. Pese al escaso esfuerzo físico a que estaba sometido, el terrícola respiraba con dificultad. ¡Aquel maldito Emperador con sus bombas de hidrógeno!

—¡Es inútil… es inútil…! —sollozó la princesa—. ¡La explosión nos alcanzará antes que…!

—¡Almirante! —gritó el oceánide que ayudaba a Miguel Ángel en el transporte de la princesa—. ¡El duque Cloris acaba de comunicar por radio! ¡Han matado al Emperador y quitado el fulminante de las bombas! ¡No habrá explosión!

Miguel Ángel tragó saliva.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró alzando los ojos al cielo. Y sintiendo que súbitamente desfallecía de emoción ordenó—: ¡Vamos a tierra!

Instantes después el comando se posaba en el suelo. El aterrizaje fue algo violento en cuanto a Miguel Ángel, Ambar y el muchacho oceánide que les ayudaba. Los tres rodaron por tierra. La princesa se echó a llorar de bruces en el suelo. Miguel Ángel se arrastró hasta ella, la incorporó y la estrechó contra su corazón…

La gente se detenía y gritaba. El gigantesco «disco volador» de la Armada Sideral volvía sobre Kindal y empezaba a arrojar paquetes de alimentos que los hambrientos nahumitas capturaban ávidos en el aire.

* * *

EPÍLOGO

Seis meses más tarde, en la superficie de Kar, la capital del planeta Bagoah, el Superalmirante de la Armada Sideral Expedicionaria terrícola —Miguel Ángel Aznar— se despedía de Tritón II, de la princesa Ondina y del duque Cloris, almirante de las fuerzas Armadas bagoabitas.

—Es lástima que os marchéis tan pronto, antes de celebrarse la boda de mi hija Ondina con mi sobrino Cloris —se lamentaba Tritón II.

—No podemos retardar por más tiempo nuestra partida —repuso Miguel Ángel sonriendo a la princesa Ambar—. Vuestros planetas están pacificados. Hemos desarmado a los nahumitas, les hemos obligado a salir de los planetas que dominaban y les hemos recluido en Noreh. Sin más flota sideral que la indispensable para garantizar su seguridad personal, con todas sus industrias de armamento desmanteladas, no pueden rehabilitar su viejo Imperio.

—¡Oh! —exclamó Cloris—. Los nahumitas ya no nos preocupan. Cada planeta de esta galaxia tiene ahora sus propios medios y recursos para defenderse de sus afanes imperialistas, si por caso volvieran a resucitar.

—Confío en que no volverán a sentir jamás el afán de dominio universal —dijo Miguel Ángel—. Les hemos dado nuestras máquinas que fabrican alimentos para suplir su actual escasez de recursos agrícolas. Ellos son el pueblo más avanzado de esta galaxia y se recuperarán pronto. La República de Noreh será fuerte, pero no en buques de guerra. Su avanzada técnica fabricará todos los artículos necesarios para elevar el nivel de vida de los nahumitas hasta un punto que jamás alcanzaron en la época del Imperio. Tendréis mucho que aprender de ellos.

—Aprenderemos —prometió Cloris—. Y en cuanto a guerras no es probable que las haya después de la Policía Sideral que has creado, haciendo entrar en ella a todas las naciones.

—Bien. Pero una Policía Sideral no es bastante garantía de que no habrán guerras en esta galaxia si el afán de paz no está en los mismos corazones de sus habitantes. Os dejamos muchas muestras preciosas de nuestra civilización y nuestra cultura, máquinas que os liberarán del trabajo, de las inclemencias de la Naturaleza y del hambre… pero lo más precioso que os dejamos aquí es esa estupenda legión de misioneros que os está enseñando la doctrina

de Cristo.

—Sí —aprobó Ondina—. Eso es verdad. Ningún instrumento para crear la paz y la felicidad será tan efectivo como las enseñanzas de esos santos misioneros.

La conversación pareció caer en un bache. Hubo un momento de silencio, y en este silencio se escuchó el roncar de una sirena. Todos levantaron hacia el espacio sus ojos irritados. Sobre Kar, la capital de Bagoah, había un crucero de las Fuerzas Siderales terrícolas. Más lejos, presentando a los habitantes de Bagoah una parte de su superficie iluminada por el Sol, el autoplaneta *Valera* brillaba en cuarto menguante.

—Bien —suspiró Miguel Ángel apretando el mórbido brazo de la princesa Ambar—. El comandante del buque nos reclama…

Una falúa acababa de desprenderse del navío y descendía majestuosamente. Los ojos de Ondina se llenaron de lágrimas. Su mano estrechó la de Miguel Ángel. Luego a Ambar mientras Miguel Ángel estrechaba las manos de Tritón y de Cloris.

—Adiós —murmuró el terrícola con voz ahogada por la emoción.

La falúa acababa de posarse en tierra, junto al grupo.

—Adiós… adiós —murmuraron los oceánides embargados por la tristeza—. Nunca os olvidaremos… nunca… nunca…

Ambar acababa de apretar las manos de Tritón y de Cloris. Súbitamente echó a correr hacia la aeronave. Miguel Ángel Aznar, Ondina, Tritón II y Cloris se contemplaron un minuto en silencio, como si quisieran grabar bien en sus mentes aquellas facciones tan queridas. Luego, sin añadir palabra, el caudillo les volvió las espaldas y siguió a Ambar hasta el interior de la aeronave. Ésta se puso inmediatamente en marcha, elevándose en dirección al crucero sideral.

—¡Y no los veremos más! —murmuró Ondina con los ojos arrasados en lágrimas—. Su mundo está inmensamente lejos… ellos pueden ir a la Tierra y volver antes de que se acabe su vida. Pero si ellos volvieran no nos hallarían a nosotros, sino a nuestros descendientes en varias generaciones. ¡Habrán transcurrido miles de años! ¡No los veremos nunca más!

El crucero volaba ya hacia el autoplaneta *Valera* cuando los tres oceánides todavía permanecían de pie entre los macizos de flores de

los jardines de Kar. Siguieron allí hasta que la aeronave fue achicándose y, finalmente, dejó de verse.

Unas horas más tarde, el autoplaneta, brillando como una barquilla de plata en la tranquila y aterciopelada noche de Bagoah, se envolvía en un halo más luminoso que se encendía y apagaba con rapidez formando los puntos y rayas del alfabeto telegráfico Morse. Era su despedida. El autoplaneta *Valera*, recuperados sus 50 millones de tripulantes y llevando algunos millones de hombres y mujeres nacidos en esta galaxia y deseosos de ver la Tierra, se ponía en marcha de regreso a la patria de la humanidad terrícola.

En la cámara de derrota del orbimotor, donde tantas horas de angustia viviera, Miguel Ángel Aznar estrechaba contra su corazón a la princesa Ambar. Ésta lloraba silenciosamente mientras Noreh, Bagoah, Ursus, Naujan y los demás planetas del cortejo de Nahum iban achicándose en la lejanía. El autoplaneta *Valera*, acelerando constantemente, recorría los primeros millones de kilómetros de una singladura que había de llevarle algunas decenas de años… mientras en Nahum y en la Tierra transcurrían en el mismo tiempo largos siglos…

FIN